

# La Esfera



Año VI \* Núm. 305

Precio: 60 cénts.



LA VENDIMIA, cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado



**"NIEVE**  
(Marca de Fábrica)  
**'HAZELINE'**  
("'HAZELINE' SNOW" TRADE MARK)

LOS CUTIS que transpiran descomodamente, necesitan un poco de "NIEVE 'HAZELINE.'" Aplíquela con los dedos y permita que permanezca por unos minutos, límpiense después la piel con una toalla o un pañuelo.

Esta refresca y conforta la piel instantáneamente y realza grandemente su blancura y belleza.

De venta en todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia., Londres All Rights Reserved

S.P. 1625



**EL TRUST REGULADOR (S. A.)**

Antracitas, 125 pesetas; coqs, oyoides, leñas, encina olivo. Contrato calefacciones. Grandes existencias en almacenes. PEÑUELAS, 10. TELEFONO M-604. Necesito corredores; buena comisión.

**UNDERWOOD**



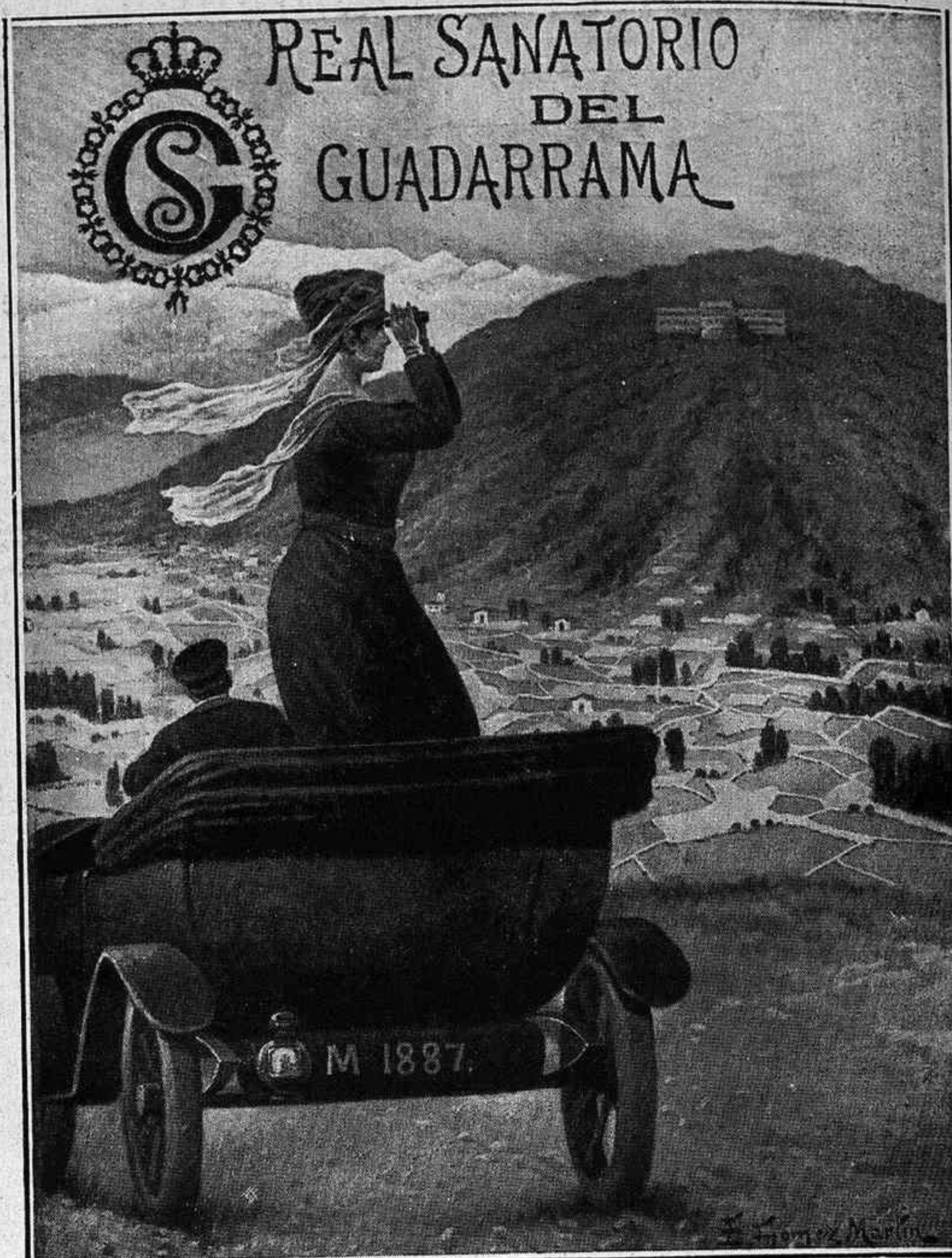
**Campeón**

de las  
Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.<sup>o</sup>

Balmes, 7, Barcelona. Sucursal en Madrid: Alcalá, 39.  
CASA SUIZA

**CONSERVAS TREVIJANO**  
LOGROÑO



**PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA**  
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.  
Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. José Martínez Fardo Martín**, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

**¿QUERÉIS CONSERVAR LA SALUD?...**

HIGIÉNICOS E INENCOGIBLES



LA CIENCIA LOS RECOMIENDA

Usad los trajes de punto, interiores, marca

**"VIGOR"**

**Dr. ROBBER'S** (Patente núm. 59.216)

Exijase la marca y la firma en todas las prendas  
VENTA EXCLUSIVA

MADRID: Turmo y C.<sup>a</sup>, Almacenes de Tejidos, Sevilla, 16.—BARCELONA: Sucursal de Benitez y C.<sup>a</sup>, Trafalgar, 2, y Junqueras, 18, y Benitez y C.<sup>a</sup>, Bilbao, 206; Viuda de I. Alabert, Cal. 10; «La Torre», Daniel Carreras, Ronda San Antonio, 63.—ALBACETE: Casa Ortega, Almacén de Tejidos, Mayor, 27.—ALICANTE: Camisería Benavent, Plaza de Castellar, 1.—BILBAO: Marcos Muñoz, Bidebarrieta, 12, y Jardines, 1.—BAJAJÓZ: Delgado y Barrena, S. en C., San Juan, 14.—CORDOBA: «Casa Fabra», José Fabra Copete, Gondomar, 3.—CADIZ: Reynares y C.<sup>a</sup>, Columela y José del Toro.—CUENCA: Casa Picazo.—CARTAGENA: Camisería Española, Angel Nadales, Mayor, 22.—FERROL: Almacenes «La Moda», Heliodoro Romero, Real, 60; Almacenes S. Julián, Iglesia, 122.—GRANADA: Almacenes «La Paz», Olmedo Hermanos y García, S. en C., Oficios, 10.—GERONA: J. Oriol Carbó, Platería, 30.—LERIDA: Camisería de José Ribé, Mayor, 34.—LUGO: Camisería Moderna, José B. Fernández González, Reina, 7.—LISBOA: Ferraz y Amorins.—MURCIA: Perfumería Francesa, Avellaneda.—ORIHUELA: Manuel Clemares, «El Murciano», Alfonso XIII, 4.—OVIEDO-GIJON: Masaveu y C.<sup>a</sup>—ORENSE: Almacén de Tejidos Hijos de Fernando Olmedo y C.<sup>a</sup>, Paz, 4.—PAMPLONA: Sucesores de Aldave, Calceteros, 2.—PONTEVEDRA: Almacén de Tejidos Hijos de Fernando Olmedo y C.<sup>a</sup>, Plaza de Curros Enríquez, 1.—PALMA DE MALLORCA: Benigno Palos, San Miguel, 60 y 62.—REINOSA: Sucursal de Sinfiorano Ródenas, Mayor, 34.—SANTANDER: Almacenes de Sinfiorano Ródenas, Celosía, 1, y Sucursal, Atarazanas, 15.—SAN FELIU DE GUIXOLS: Géneros de punto, José Vilaret Xarnach.—SAN FERNANDO: Reynares y C.<sup>a</sup>, Ramón Auñón y Colón.—SEVILLA: Algarín Hermanos, Almacén de Tejidos, Lineros, 1, 3 y 5, y Puente y Pellón, 31 y 38.—SAN SEBASTIAN: «La Verdad», José Aristizábal, San Lorenzo, 1, y San Juan, 1, y Camisería, calle Andía, 1.—SANTIAGO DE COMPOSTELA: Pedro Santos, Preguntoiro, 14, y Huérfanas, 10.—SANTA CRUZ DE TENERIFE: «New England», Varona y Ruiz, Plaza de la Constitución, 3.—TORRELAVEGA: Sucursal de Sinfiorano Ródenas, Mártires, 2.—TARANCON: Casa Picazo.—VALENCIA: Camisería y Perfumería de Sanz, Maset y Poyo, Mar, 4.—VALLADOLID: Julián Alonso, Constitución, 1, y Santiago, 17 y 19.—VIGO: «The Smart», Sastrería y Novedades de Chico y Fornos, Príncipe, 13.—VITORIA: Olivares, Plaza Nueva, 30.—ZARAGOZA: Rived y Cholis, Don Jaime I, 21; sucursal, Coso, 23.

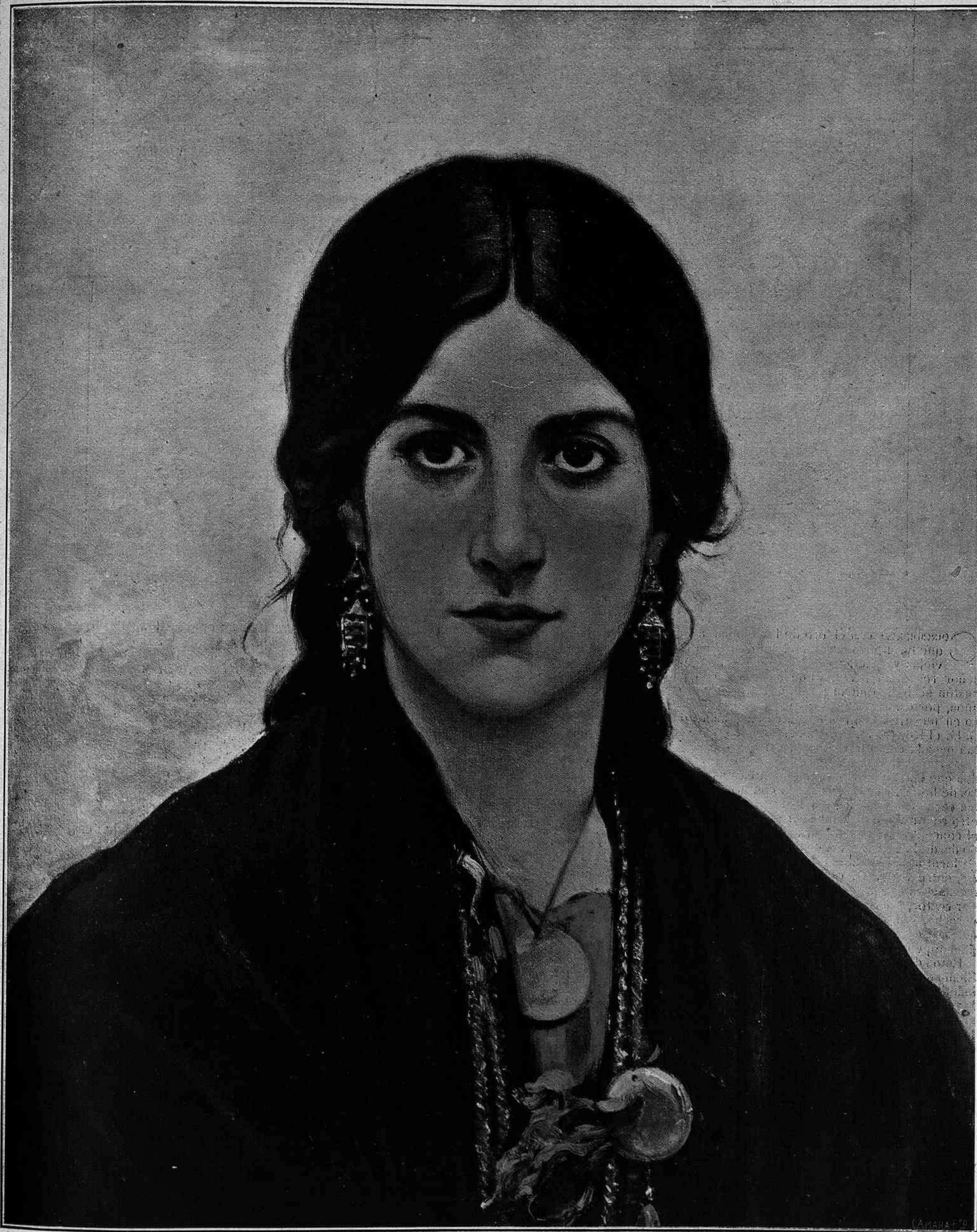


# La Esfera

Año VI.—Núm. 305

1 de Noviembre de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



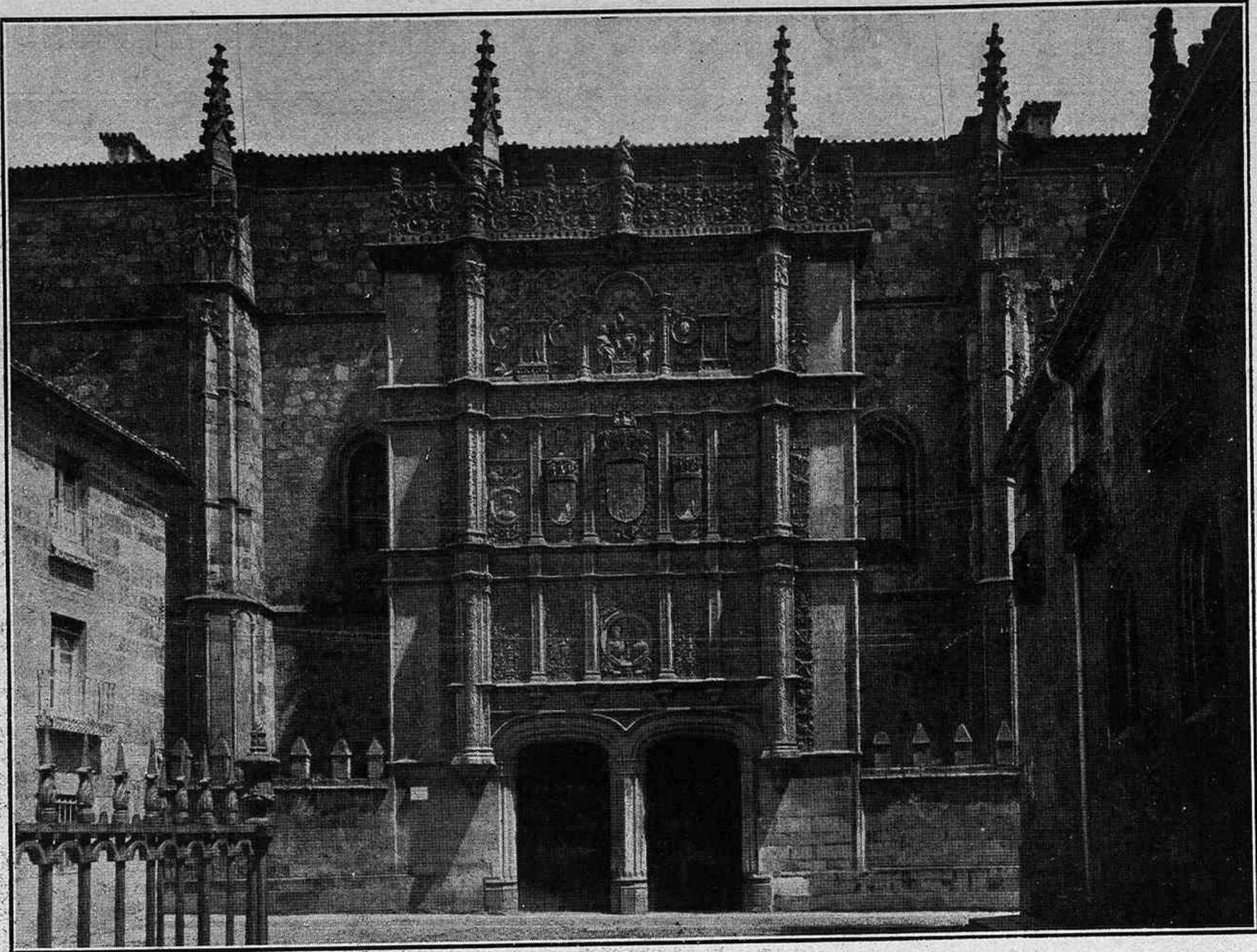
UNA HÚNGARA

Cuadro original de Pedro Sáenz



DE LA VIDA  
QUE PASA

# APERTURA DE CURSO



Fachada principal de la Universidad de Salamanca

FOT. GOMBAU

COINCIDIENDO con el oro de los olmos, á los que besa plácidamente el sol otoñal en las viejas y quietas ciudades de Castilla, un señor respetable, vestido de muceta y con un bastón simbólico en la mano, declara todos los años, por esta época, abierto el curso académico en nuestros centros docentes en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.). La ceremonia suele ser tan pesada como infructuosa. Un secretario lee gangosamente los nombres de los chicos premiados que han obtenido sobresalientes y matrículas de honor. Los chicos suben con traje nuevo las escaleras y estrados del paraninfo. Después otro señor suele disertar sobre la importancia y el concepto de la asignatura que viene explicando desde la nebulosa. A continuación, la charanga local ataca las notas del *Soldadito de Nápoles*, entre las risas, chacotas y donaires de las muchachas que asisten al espectáculo. Y el señor rector, sonriendo al obispo, que tiene á su derecha, y al capitán general, que tiene á su izquierda, declara abierto el curso académico, cumpliendo, como él dice, una mera formalidad legal.

Estos días de Octubre tienen en Valladolid, en Salamanca, en la dulce Compostela, un encanto indefinible. Tornan los estudiantes á sus nidos; las chicas tornan también á los balcones, y comienzan las sabrosas pláticas de reja. Se animan los cafés y los cinematógrafos, porque hay dinero fresco; hasta las clases suelen verse concurridas de bote en bote. En las librerías aparecen esos escandalosos libros de texto, donde un profesor de Agricultura nos dice, por ejemplo, que el buey es un animal muy conocido por su fuerza, por su leche, por sus cuernos, ó donde un orondo catedrático de Derecho natural, nos conmina, en mala sintáxis, que nos libertemos en nuestros años mozos de los errores de Kant, de Rousseau, de Fichte ó de Hegel.

Las patronas comienzan á servir los lenguados fritos en las terribles mesas de las pensiones. Se inician los idilios, que han de durar lo que duran las verduras en las eras, según la frase del poeta carrionés, y los álamos, y los olmos, y los negrillos de junto á los ríos mansos y plácidos de la meseta dejan caer sus primeras hojas, dorándose ante el mimoso beso del sol de otoño.

La apertura de curso parece la negación de las ansias é inquietudes infinitas de la mocedad española.

No hay en esos actos la más pequeña chispa de emoción ni de cordialidad. El joven que no lo sea de veras, corre el riesgo de trocarse en viejo para siempre. La importancia de la asignatura adquiere tales vuelos en los labios del pobre profesor que la explica, que se diría que para él es algo más importante que la vida. Pero ésta se venga donosamente de las graves mucetas doctorales. En los ojos de los estudiantes suele prender la luz de otros ojos parlanchines; el Digesto queda vencido; Papiniano resulta muy inferior á Gustavo Adolfo Bécquer, el de las oscuras golondrinas que volverán á posarse en la ventana del dueño amado, y el libro de Anatomía suele venderse, así comienza á mediar el mes de Octubre, en una librería de viejo, porque ha comenzado á funcionar la timba en un café solitario. Muy pronto se animan los paseos en la plaza. Hay viejos virotos, suspensos desde hace quince años en todas las asignaturas, que suelen ser los más duchos en el arte de interesar corazones femeninos. Hay chicos, muy eruditos y muy sabios, con los ojillos miopes cargados de lectura, que suelen ser el hazmerreir de los virotos. Hay pollos «bien» preocupados de la raya del pantalón y del último figurín que ha venido de Inglaterra, que se dedican á las niñas tontas de la población que sueñan con títulos nobiliarios. Hay, finalmente, estudiantotes de Medicina, más positivos y materialistas, que organizan una sociedad de baile y que se dedican al usufructo de las gracias y sebosidades de todas las cocineras guapetonas y dadivosas de la ciudad.

La apertura de curso resucita todos los años en nuestro corazón recuerdos dormidos que tornan á despertarse con los primeros fríos de Octubre. ¡Ah, Salamanca, nuestra querida Salamanca, con las piedras rojas, con el rumor del río que dice su canción maravillosa de quietud junto á los alegaños de la Merced y de la Peña Celestina! ¡Ah, Valladolid, el ruidoso y tempestuoso Valladolid, con sus timbas abiertas, sus libreros de viejo olfateando alevosamente la

primera víctima; con sus tenientes envarados y tiesos, dispuestos á disputar el amor de las chicas á los estudiantes! ¡Ah, Santiago, la dulce y lluviosa Compostela, con el acento cantarín de sus muchachas, con sus estudiantes juerguistas y oradores, con el ruido y el traqueteo de los zuecos sobre el pavimento de las ruas, con la divina plaza de la Quintana, donde siempre puede soñarse con los ojos abiertos, sin temor á que nadie, nadie, nos rompa el sueño en todo su delicioso ritmo! Estos días de Octubre, de libros de texto, de despedida de los papás, de la novia reciente, de amores que se creen eternos y que tienen, en efecto, la eternidad de los ocho días, llevan al recuerdo de la juventud española las más dulces nostalgias.

Era el mes de Octubre de no sé qué año, y nuestro corazón tenía el fuego de las quince primaveras... Conocimos á Unamuno... Conocimos á Dorado Montero, que hace siete meses bajaba á la tumba para que la tierra le arropase como á un niño y aquietase para siempre las tempestades de su cerebro enamorado de la verdad y de su pobre corazón tempestuoso... Llegaron los primeros fríos; comprábamos castañas á la señora Maximina, que se soplaba los dedos en su tenderete del Patio de Escuelas Menores; entrábamos con nuestro gabancillo y con nuestra gorrilla en la cátedra de Derecho penal; unos ojos castaños y puros nos esperaban á la salida... Mañana, cuando leamos los discursos que sobre la importancia de nuestra asignatura endilgaron unos hombres graves y tiesos á unos chicos y á unas chicas que están todavía al margen de la vida y mucho más allá de la más alta de las ciencias, que es la ciencia del amor, recordaremos aquellos ojos, aquellos versos de Unamuno cuando nos habla de Lola, de Teresa, de Mercedes y de Pura, que son brasa en el pecho, y el andar de aquel hombre sencillo, modesto y bueno que se llamaba Pedro Dorado, y que nos abría los ojos de la esperanza á la visión infinita de una humanidad nueva y mejor, para la que los sueños son realidades y las realidades el fruto más sazonado de los sueños...

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS





**:: CUBISMO ::  
LITERARIO**

**HISTORIA DE DON JUAN**

(Son bien conocidos el Don Juan de Tirso de Molina, el Don Juan de Molière, el Don Juan de Byron, el Don Juan de Zorrilla; pero no es tan conocido el Don Juan de Max Jacob, uno de los más destacados representantes de la novísima tendencia literaria francesa que pontificó Guillermo Apollinaire en París y que pontificó el gran talento y el fino humorismo de Cansinos Assens en España. El propio Max Jacob ha calificado de cubismo literario esta divertida tendencia que enfierece a los arcaizantes y a los lectores de buena fe. Aquí se llama ultraísmo. El nombre es lo de menos. Lo importante es que, al otro lado de los Pirineos, este movimiento arbitrario y regocijando tuvo sus revistas y sus escritores. A este lado de los Pirineos también. En Francia se fundaron, para propagar las nuevas teorías literarias; revistas como Sic, Elan, Nord-Sud, Litterature, etcétera. En ellas se han publicado poemas en prosa y verso, cuentos, artículos, críticas de Guillermo Apollinaire, Max Jacob, Pierre Reverdy, Vicente Huidobro, Paul Dermée, Jean Cocteau, André Breton, Roch Grey, André Salmon, Paul Valery, Tristan Izara, Pierre Albert Bizot, Blaise Cendrars, donde definían su estética «ya elaborada» con obras que «utilisen les libertés conquises par nos prédécesseurs, mais en rapprochant les éléments les plus divers et en apparence les plus disparates» (Paul Dermée), y realizando «quelque chose comme un tableau cubiste» (Max Jacob). En España esas revistas tienen nombres un poco antagónicos: Grecia, Cervantes, y desde ellas el grupo del Ultra—que cobija el admirable Cansinos Assens con una dulce sonrisa y con una literatura personal diferente a la de sus patrocinados—publicó los poemas en prosa y verso (!), cuentos, artículos, críticas de Eugenio Montes, Guillermo de Torre, Pedro Gargiñas, Romero Martínez, Juan Larrea, Rogelio Buendía, Rodríguez Jaldón, Ernesto López Parra. Es llegado tal vez el momento de fijarse un poco en estas simpáticas extravagancias franco-españolas, y nada más oportuno que traer a nuestro ambiente de primero de Noviembre, con sus castañas asadas, sus buñuelos de viento, sus coronas fúnebres y sus carteleras teatrales infestadas por el Tenorio, a este Don Juan de Max Jacob, excéntrico y desconcertante.—J. F.

**CAPÍTULO PRIMERO**

SOMBRA MUSULMANA, AZAFRÁN, FRANGIPANA, «PANNE»

Era durante el horror de una profunda noche. Una pobre navecilla llevaba a Don Juan y a su fortuna. ¡Boga, boga, navecilla! ¡Bocadillo para la boca espantosa de las noches! (Era durante el horror de una profunda noche.)

¡Los corsarios! ¡Los corsarios! ¡Vela roja en el horizonte! ¿Qué digo una vela? ¡Un fuego de bengala! Pero Werther—Don Juan—, de codos en el empalme, es todo él de la poesía del cántico de los nautas; se oprime tiritando en su ranglán napoleónico. ¡Ah! ¡Qué frío hace, señores de la barcarola.

¡Dame ese collar de perlas finas,  
Josefina!

dice al fin a la joven mamamucha que acaba de arrebatarse al hogar paternal. Y la mano aristocrática del bribón titulado retorció el fino puño de la arabesca.

¡Entonces fué el paso sedentario  
de los corsarios!

¡Enanos verdes ante el incendio de Bengala! ¡Oh, vosotros, gnomos odiosos, corsarios del fez sombrío! Enanos con yatazanes áureos! ¡Fantasmas surgidos de la sombra! ¡Oh, vosotros, que sobre las olas reis de la tempestad! Les enorgullecía más servir de espectáculo al esplenístico gentleman español, que sentían el deseo de recobrarle la mamamucha. Semejantes a anillos sus ojos chocarrosos atravesaban la sombra; pero Don Juan ni siquiera se estremeció. Tenía los pies sobre un cofrecillo pleno de joyas indias que le servía de estufilla.

¡Agua salada! ¡Betún y confitura! El seno de la gimiente muchacha palpitaba bajo la seda esmeralda, que tal vez no era más que tela.

—¡Tengo frío, mosiú!—dijo ella. Aquel barco. La balsa de la Medusa menos los cadáveres.

Y Don Juan reveía el pasado:

Su madre enlutada; la ropa adamsada remangada;  
la vecina con pelos morenos sobre el labio;



ojos negros;  
pañuelos,  
pañales,  
pasquines.

¡Corsarios! ¡Galeras!... ¡Corsés! ¡Brrrr!

¡Porvenir! ¿Qué ve Don Juan en la noche negra?  
¿Hombros saiendo de camisas?  
¡No! Su ambición se concreta:  
un uniforme de húsar.

**CAPÍTULO II**

MAGYAR, COALTAN, CAVIAR

¡La aurora, ay! Fué un amanecer de tornaboda. Don Juan tenía una palidez atroz. Los marinos irlandeses mostraban dientes feroces y pedían á gritos la tierra. Pero la mamamucha decía á Don Juan: «Querido mío», y Don Juan, sacando un silbato, dijo:

—Os voy á romper la cabezota con esto.  
(Desembarco sobre una costa inhospitalaria. La mamamucha se queja en su lengua.)

Quando me cogiste á mis padres  
yo era una muchacha honrada;  
tú me prometiste golosinas  
si era muy buena.  
Pero has empezado  
por quitarme los brazaletes,  
mis joyas y cofrecillos,  
y luego no querías  
nunca besarme

Después me traje al barco,  
sin comer y sin vivir;

yo hubiese preferido un castillo  
como los que se ven en los libros.  
¡Estoy hasta aquí  
de tu chocolate!  
(decía la mamamucha).  
Quisiera almorzar,  
ó mejor,irme,  
irme con mi padre (bis).

El anglo-español, que era Don Juan, en el cual se mezclaban la sangre germánica y la sangre mora, mandó atar á un árbol á la turca.

—Ahora te voy á abandonar aquí—dijo.

De pronto apareció un viejo.

—¡Yo soy su padre! ¡Devuélveme mis hijos! Don Juan contuvo una sonrisa satánica, porque ya hemos dicho que era gentilhombre.

—Escucha, mi comandante.

Entonces una música oculta detrás del escenario tocó un trozo de *La Traviata*, lo cual hizo encogerse de hombros á nuestro Napoleón del amor.

CORO DE APARICIONES CON MALLAS COLOR DE ROSA

¡Franela! ¡Franela!  
Todavía somos honradas.  
Hemos sido mixtificadas,  
pero vamos á ser vengadas.  
¡Franela! ¡Franela!

EL PADRE.—Yo soy don José. Por fortuna para las familias, es usted un mal amante.

DON JUAN.—Carezco de temperamento.

DIBUJO DE K-HITO

MAX JACOB



LA ESFERA

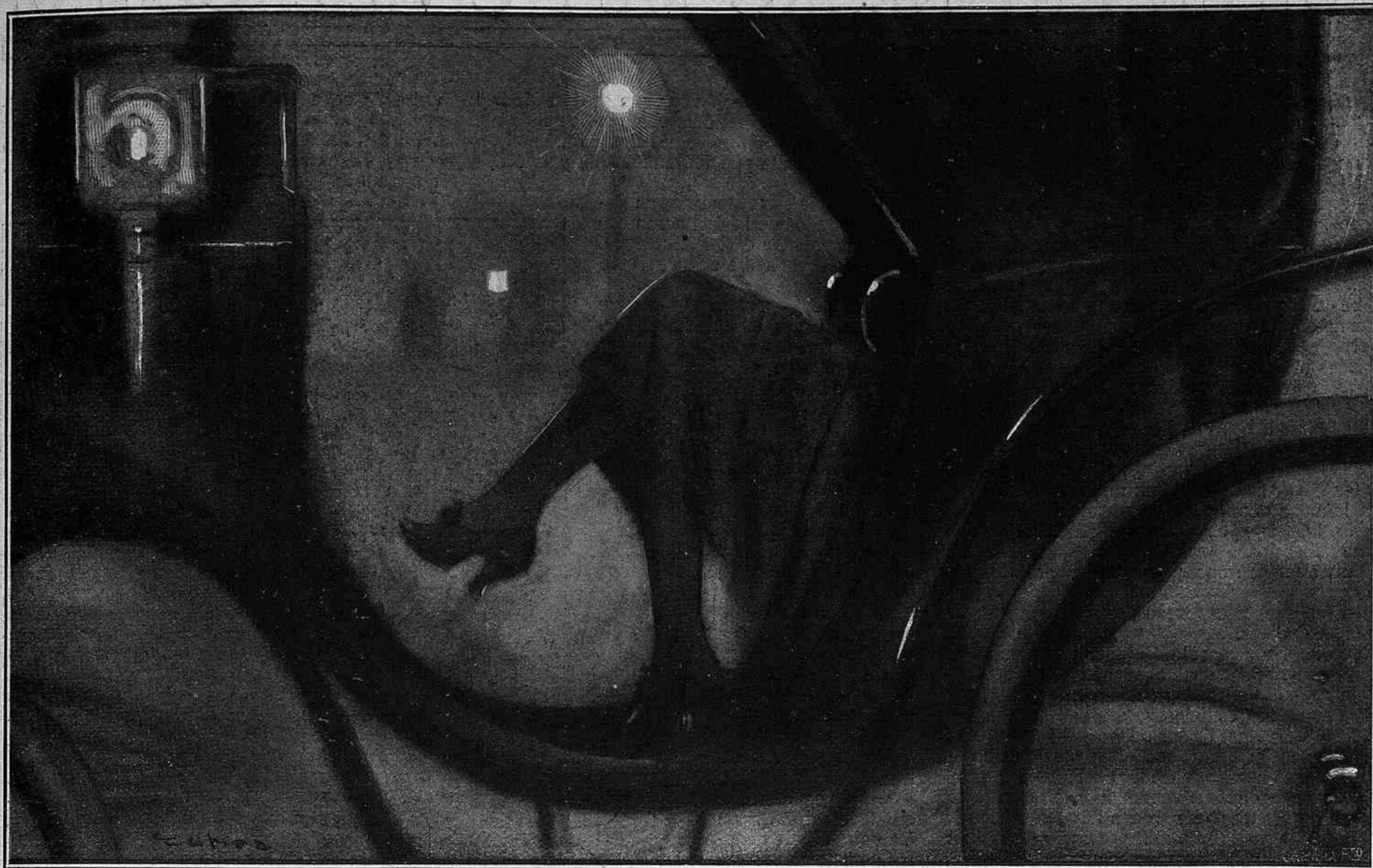
# LA PINTURA ESPAÑOLA



RETRATO DE FERNANDO VII, original de Vicente López, que se conserva en el Museo del Prado



## CAPRICHOS DE LA NOCHE



ENTRE las insinuaciones en que es pródigo el tránsito de la primavera al verano, escala en la cual figuran desde las voces y las siluetas femeninas que sorprendemos, á través de las persianas listadas de luz, en los pisitos bajos que eran impenetrables durante el invierno, hasta la vaguedad de unos perfumes floreales que trae de pronto una ráfaga misteriosa; en la serie de seducciones inefables y efímeras, cuenta, en primer lugar, el desfile de coches, con la capota abierta en un nicho protector, y que no revelan en el azul sombrío de los nocturnos más que unos zapatitos de charol ó de seda, agudos y corvos, indudablemente de mujer, uno apoyado en la gastada moqueta del simón y el otro balanceándose en el aire. También en los meses del frío se da esa nota picante de la femina escondida en un fiacre. Entonces, el cupé, con sus cristales empañados, insinúa la alburá de unas pieles que envuelven un rostro de porcelana ó de marfil. Por fortuna, no falta nunca la presencia en la calle del ejemplo de la galantería. Porque los vehículos en que unas hermosas desconocidas descubren, sin desenmascararse, su íntima voluptuosidad, por un momento nos hacen soñar en aventuras deliciosas. La cerrada, guateada y aromática caja en donde se refugia la *poupée* de carne, con la aureola de sus armiños, anticipa algo del *boudoir* de la dama, y mientras nos apartamos para que no nos atropelle el normando, con sus violetas en las antojeras y con sus bellos espumosos y con el brillo del freno, saboreamos la visión de la ilusoria camareta, y allí una mujercita en kimono y el jugueteo de unas llamas en la chimenea. ¿Y cómo, diréis, si en toda época nos conceden los dioses tales evocadores hallazgos, afirma el cronista que éstos caracterizan el verano? Primero, porque se multiplican en la proporción en que la femina posee unas pieles suntuosas ó unos zapatitos. Aquí en Madrid casi ninguna chiquilla deja de enorgullecerse de sus chapines. Calculad el aumento de probabilidades. Después llega la razón principal. Al paso del tren blasonado, somos nosotros quien imaginamos la ventura posible, como invocamos el gordo frente á una lotería. Y á lo mejor la beldad codiciada iba pensando en la modista, la novena, ó en nada. En cambio, hembra que encontráis

por el túnel que forma los árboles, ya frondosos, recostada en la colchoneta y al amparo de la caperuza protectora, no cabe duda que ha salido de casa con la ilusión de abandonarse á la fragancia y la frescura del ambiente, como á una caricia ideal, de contemplar las estrellas, y un

poco con la coquetería de intrigar á los abates y los faunos con gabardina que quisieran contemplarla, sin que les sea posible acercarse á la sabrosa tentación. Es decir, se hallan los fantasmas esos de la realidad, en uno de sus *cuartos de hora*, el propicio, más aún, el nostálgico del arrullo apasionado y conmovedor.

Desde las calesas goyescas existe el encanto que glosamos, y que debió de tener su origen madrileño en las literas y sillas de mano, que convertían, las más, en un país de abanico. No persisten en la villa y corte los coches de cortinillas echadas, que todavía delatan á *Madame Bovary*, con su adulterio novelero, allá en provincias. Tampoco alborotan nuestras plazas los convoyes en que un buen señor, de grises cabellos engomados y un impecable chaleco blanco, se puso el sombrero de tul y rosas que pertenece á una de las cuatro ó cinco locas que rodean á su duque ruso, en actitudes de cartel de baile de máscaras. No, Madrid, siempre fino y discreto, se contenta con la insinuación, como si dijéramos con la sonrisa, desdénando la carcajada y la mueca. Sólo se permitió agudizar el sentido galante de sus mágicas grutas nocturnas. Y esto, por imposición de la moda...

Las faldas cortas se empequeñecen más al sentarse la mujer, y de ahí que donde antaño no vislumbrábamos más que los zapatos, que tal vez contemplaba con arrobos su amita, pues el calzado brillante y rítmico despierta el narcisismo en las gentes, y, si no, recordad las ocasiones en que os habéis sorprendido á vosotros mismos, lectores, en la admiración de vuestras botas recién lustradas; donde había unos zapatitos, y el vuelo del vestido, y, acaso, unos flecos del pañuelo de espúma, ahora se siluetean chinescamente las piernas, con sus tobillos quebradizos... Y pasan los fiacres con la boca de su capota, como monstruos devoradores de adorables víctimas, de las cuales aun divisáis las pernezuelas en el aire... ¡Oh, quién fuera como aquellos caballeros medioevales que desafiaban y mataban al dragón que se alimentaba de princesas!

## ¡OH, QUIÉN SABE SI ACASO!...

Tú, al ver mi traza, vergonzante y triste,  
compasiva, un momento, meditaste.  
Después, llena de gracia, sonreíste,  
y, al sonreír, noté que suspiraste.

Yo, entonces, te miré; tú me miraste;  
mi mirada no sé si comprendiste,  
mas pude percibir que musitaste  
una palabra y que un mohín hiciste.

Acaso tú me amaste y yo no pude  
—desconocida extraña—comprenderte...

¡Quién sabe si tú, acaso, eras aquella  
amada que soñé, y á la que alude  
el soneto triunfal en que mi suerte,  
te hace hermana del lirio y de la estrella!

XAVIER BÓVEDA

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE ECHEA



NUESTRAS VISITAS

## UN REY NEGRO MUY CIVILIZADO

**D**EL recibimiento apestoso—olía á coliflor guisada—y desordenado, en donde la patrona del hotel me acogió con afabilidad, me pasaron á la habitación del Monarca exótico, por quien preguntaba.

—¿Ha dicho usted?—volvió á inquirir el «botones».

—He dicho... Mira, toma—. Y para evitar su confusión le entregué mi tarjeta. Y esperé, examinando con atención todo lo que me rodeaba. Si he de ser sincero, os diré que aquella habitación no era una cámara real ni mucho menos. No correspondía al rango de mi visitado. Muebles escasos y viejos; sillera ultrajada por el tiempo y por las cabezas grasientas de los huéspedes. El tapete de la mesa central, encanallado por las manchas de tintas y de comida. Sobre el mármol de la chimenea, un reloj antiguo de bronce permanecía silencioso, sin palpitación, parado en las tres y media, bajo su fanal, lleno de grietas lañadas con papel de goma. Y allá en el fondo, la alcoba, en cuyas tinieblas brillaban dos camas doradas.

Volvió el «botones», y, muy sonriente, me dijo:

—Dice que le espere usted, que está terminando de comer.

Y volví á quedar solo. Entonces, para ahuyentar el aburrimiento, me acerqué al balcón. Abajo, la calle del Arenal y la Puerta del Sol, tan iluminadas, tan bulliciosas, aturdiéndome con sus ruidos infernales. Rodar de coches, cascabeleo de ómnibus, gritar de cocheros, trotar de caballos sobre el asfalto húmedo, bocinazos de automóviles, pregones de vendedores. Era como un hervor incandescente que mareaba la vista y detenía el pensamiento. Desde allí, por encima del solar que hay á espaldas de «La Mallorquina», veíase, prolongada, la anchura de la calle del Arenal hasta la Mayor, por la cual circulaban los tranvías con lentitud. Eran las nueve, y poco á poco las manchas luminosas de los establecimientos se iban borrando.

Sentí sobre mi hombro el peso de una mano; al volver la cabeza no pude por menos de quedar sorprendido. Tenía delante á un negro formidable, á un gigante de ébano, cuya fealdad era imponente. Ojos oblicuos y brillantes, labios gruesos y violáceos, que dejaban al descubierto una dentadura blanquísima, con engarces de oro; tez color de bronce, arada con numerosos tatuajes azules, y cabello tupidamente rizado, como piel de astrakán.

Vestía correctamente un traje gris, camisa de seda, botas de charol y botines claros. En la corbata llevaba prendido un alfiler de brillantes.

—¿Qué hay, señor?—me preguntó en castellano imperfecto.

—¿Usted es el Rey de los pamúes?

Asintió, sonriendo mefistofélicamente, y en seguida, con un gesto muy cortés, me ofreció asiento al lado de la mesa.

Poco á poco la habitación se había llenado de negros formidables, que, como espectros, me miraban muy fijamente, en silencio, mostrando sus dientes de lobos. Todos llevaban la tez marcada con los arabescos del tatuaje. En cuanto el jefe y yo tomamos asiento, los negros nos fueron rodeando, siempre silenciosos y sonrientes. Saqué una cuartilla y el lápiz. Ellos, con sus pupilas brillantes y desorbitadas, seguían mis movimientos con una curiosidad de monos.

—¿Y su hijo de usted, señor?—le pregunté al Rey.

—¡Yig!—gaturó el Monarca.

El corro se abrió, y en el centro apareció el Príncipe Juan Ndenge Atangana, que es un negrito de diez y ocho años, más esbelto y simpático que los demás. En su piel no hay ya tatuajes.

—Pues si es un hombre, á pesar de ser usted tan joven—le dije al Rey de los pamúes.

—No lo soy tanto; lo que pasa es que, con la color nuestra, el europeo no sabe precisar la edad. Yo tengo treinta y seis años, y no treinta, como ha dicho algún periódico.

Hizo una pausa, y después continuó:

—Me inquieta un poco someterme á una nueva entrevista, porque estoy amargado y dolorido

por la desconsideración con que aquí en Madrid me ha tratado un periódico. No sé los motivos. La color de mi piel no es suficiente razón, si tenemos en cuenta que España es un país civilizado, ¿no?

Asentimos sinceramente, un poco extrañados de la distinción con que se expresaba el Rey. Prosiguió hablando lentamente en incorrecto castellano:

—Se me ha censurado que me haya hospedado en este hotel, que yo sé también que es muy modesto; pero no se ha tenido en cuenta que yo, en la actualidad, no dispongo de mi fortuna desde hace cinco años.

—¿Por qué?

—¿Por qué?...

—¿Por qué?... Porque me hallo internado en territorio español, y mis bienes están confiscados desde el comienzo de la guerra.

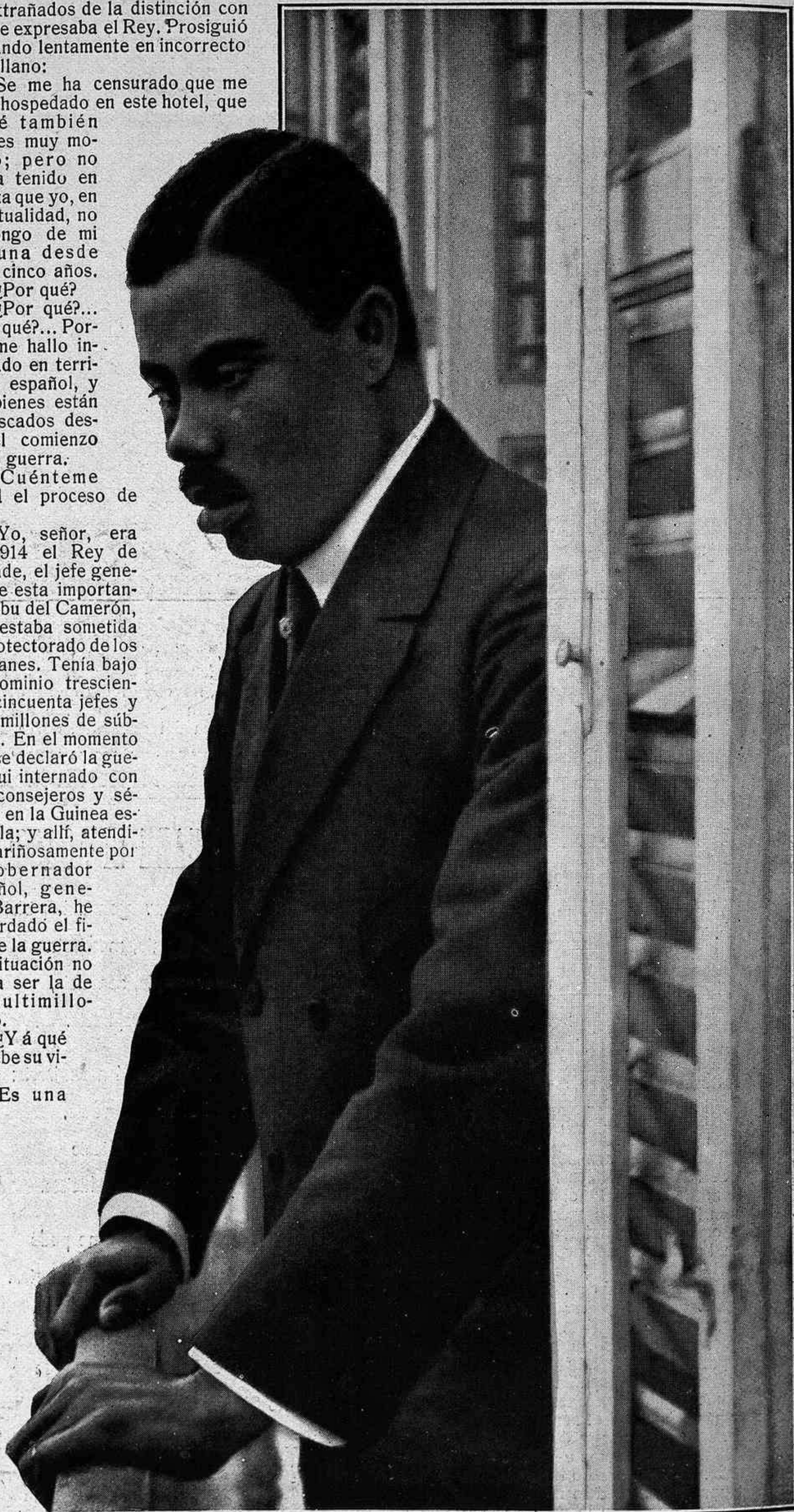
—Cuénteme usted el proceso de ello.

—Yo, señor, era en 1914 el Rey de Yaunde, el jefe general de esta importante tribu del Camerón, que estaba sometida al protectorado de los alemanes. Tenía bajo mi dominio trescientos cincuenta jefes y tres millones de súbditos. En el momento que se declaró la guerra fui internado con mis consejeros y séquito en la Guinea española; y allí, atendido cariñosamente por el gobernador español, general Barrera, he aguardado el final de la guerra. Mi situación no podía ser la de un multimillonario.

—¿Y á qué se debe su visita?

—Es una

visita de agradecimiento. Quiero yo personalmente besar la mano del Rey Alfonso, por las delicadas atenciones y piedades que ha tenido conmigo mientras estuve bajo el protectorado... Y nada más.



CARLOS ATANGANA, Rey de los pamúes



Tomaba yo nota, y los negros, empujados por la curiosidad de leer lo que yo escribía, iban cerrando cada vez más el cerco, y no apartaban los ojos de mi cuartilla.

—¿Y regresa usted...?

—A Yaunde. Mi colonia cambió de protectorado; hoy es de los aliados, y éstos me han expedido ya pasaporte. Volveré entre los míos.

—¿Tiene usted mucha familia?

—Tan sólo mi mujer y dos hijos: éste, primogénito, y una mujercita de diez y seis años, que está en Berlín estudiando.

—¿El qué?

—Todo lo que le haga falta para ser una mujer educada á la europea: una mujer civilizada y práctica.

La serenidad, el buen juicio y la suma discreción del Rey de los pamúes no guardaba armonía con su piel y sus facciones. Yo me hallaba sorprendido ante aquel caballero correctísimo y razonador como el más depurado europeo.

Y le pregunté, sin darle importancia:

—En Yaunde, ¿viste usted á la europea?

—¡Oh!—. Y soltó una carcajada brutal, en la cual apareció el hombre sin civilización. También rieron á coro los negrazos que me rodeaban. Comentaron mi pregunta en alemán. Y el Rey, con tono irónico, exclamó:

—Señor: si usted me honra algún día con su visita, me encontrará en Yaunde vestido como lo estoy ahora..., y además le hablaré á usted en su idioma castellano, que me gusta mucho.

—¿Pero éste es el traje indígena?

—Claro, señor. Yaunde está ya hace años completamente civilizada. ¿No ve usted que llevamos mucho tiempo sometidos al protectorado alemán? Allí no se usan plumas... ni flechas, ni hay hombres en los bosques. Eso son cuentos... Allí tenemos nuestros buenos sastres. Yo precisamente publiqué hace años una orden prohibiendo, bajo la pena de destierro, que se anduviera descalzo por las calles. Ya ve usted.

—¿Pero usted no ha impuesto allí su soberanía á fuerza de valor?

—¡Oh!—volvió á exclamar, y tornó á reír—. Eso ya pasó, señor—desechó—. Mi padre era Rey de Yaunde; yo heredé provisionalmente mi jerarquía, y después, en una Asamblea magna que celebraron todos los jefes de tribu, fui nombrado jefe supremo de ellos, sin sangre, sin tiros, sin película, sino sencillamente: como se nombra al Papa.

Y tornó á reír, mostrándome sus jaspeantes dientes y sus encías gordas, que parecían de caucho rojo.

Aquella risa, un poco brutal, me fué molesta, y...

—¿Por qué, señor, le causan tanta hilaridad estas preguntas mías?

—Perdóneme usted: es un residuo de nuestra falta de civilización; no hemos conseguido todavía civilizar la risa. Surge... y se desborda.

—Pero, ¿qué hay en mis preguntas que la inciten?

—Hay, que son las mismas preguntas que me han ido haciendo, por donde he ido pasando, todos los europeos. Yo esperaba, de un periodista como usted, un interrogatorio más original.

—Sería menos respetuoso.

—No importa; la falta de respeto aquí no menoscaba mi soberanía en Yaunde.

—Perfectamente; puesto que lo quiere, será original. Veamos. ¿Por qué, si usted presume de hombre civilizado, lleva esas marcas estigmáticas en la faz?—le pregunté, señalándole los tatuajes.

—Esto no ha dependido de mí. Cuando yo nací mi padre era un Rey sin civilizar, un jefe de país salvaje. Mire usted á mi hijo—y bruscamente, dándole un zarpazo, cogió al Príncipe del cuello y puso su faz delante de mis ojos.

—En efecto.

—¡Ah, ya!—murmuró, silbando las palabras con los dientes apretados.



JUAN NDENGE ATANGANA  
Hijo del Rey de los pamúes

—¿Dónde estudió usted?

—Con los misioneros católicos hice mis primeros estudios; después, en Berlín cursé dos carreras: Filosofía y Ciencias y la de ingeniero. Terminados mi estudios, recorrí el mundo como un Príncipe bohemio. He amado en Nápoles, me he divertido en París y me he aburrido en Londres. Conozco mucho mundo.

—Y habla usted varios idiomas.

—El español lo hablo regular, pero ya lo hablaré bien, como el alemán, el francés, el italiano, el inglés y nueve dialectos indígenas.

—¿Cuántas mujeres tiene usted?

—Muchas menos de las que me gustan—repu-so en broma; y agregó seriamente—: Ya le he dicho á usted que fui educado por misioneros católicos; mi religión, pues, es la Católica, y mi Dios el Crucificado; estoy casado cristianamente, y mis hijos han sido bautizados con la señal de la cruz. Desgraciadamente, no puedo borrar estos tatuajes que profanan mi piel.

—Tendrán su significación.

—Sí, señor—é indicándome el que coronaba su entrecejo, añadió—: Esta media luna quiere decir que mi estirpe es más clara que la luna—. Después pasó su dedo índice á los que partían de los ojos—. Estas dos alas de águila simbolizan nuestro entendimiento, y estos dos puñales—señalábase los que alargaban su boca—hablan de nuestro valor. Observe usted que á la luz aparecen estos tatuajes azules; pues bien: ahora verá usted en la obscuridad.

Uno de los negros apagó la luz y quedamos á obscuras. En el silencio escuchaba muy cerca veinte respiraciones. Yo no apartaba los ojos del lugar donde debía estar el semblante del Rey negro. De pronto vi recortarse en las tinieblas, como unos fuegos fatuos, la media luna, las alas del águila y los puñales.

—¿Ve usted?

—Veo, en efecto.

Al tornar la luz, el rey me dijo:

—Este privilegio no lo tiene en el mundo nadie más que yo.

—¿Y en qué consiste?

—No lo sé. Los que me combaten, los paganos, dicen que es un castigo por mi conversión al cristianismo. No sé, no sé.

—¿Posee usted gran fortuna en el Camerón?

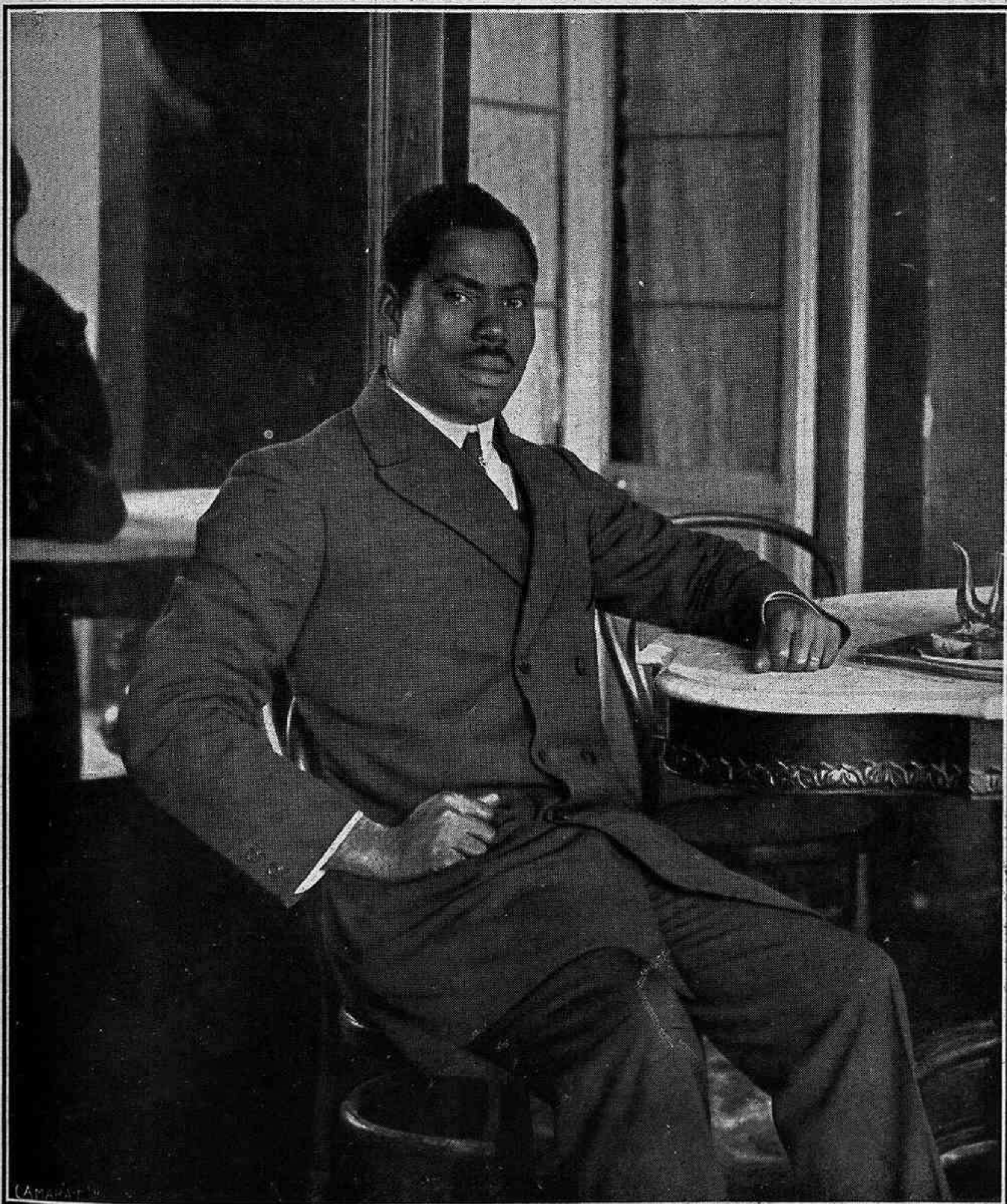
—Sí; tengo muchos elefantes, camellos, vacas, territorios, etc.; pero usted sabe perfectamente que un Rey nunca es rico ni pobre.

—Y Yaunde, ¿es rico?

—Si mi país no fuera rico no hubiese sido la colonia mimada por los alemanes, ni yo volvería por allá.

—Entonces aquello no es pintoresco; no hay indumentaria de plumas atrayentes, no hay harenes, no hay guerras...; pues sabe usted que entonces no merecía la pena de que fueran ustedes negros; para eso ya tenemos bastante con Cuenca.

—Todo eso pasó ya. Mis abuelos tuvieron que luchar mucho, y por eso soy Rey yo. En cuanto llegó el Gobierno alemán se prohibió, bajo grandes penalidades, las luchas entre tribus, y en seguida comenzamos á prosperar.



El Rey de los pamúes en el hotel donde se ha hospedado en Madrid

FOTS. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ



# Los Inmortales de la Luna

PASEANDO por el campo, cerca de la costa mediterránea, encontré, medio destrozado entre unos matorrales, un rollo de papel, en el cual estaban escritas estas extrañas palabras:

«Voy á morir. El huracán arrastra mi aeroplano hacia el mar. No quiero que quede ignorado para siempre...»

No podía leerse más, porque el papel se había rasgado, probablemente, al chocar con las espigas del zarzal.

Deshecho el rollo, leí lo siguiente:

«El día 21 de Octubre de 1918 me elevé en mi aeroplano, decidido á batir el record mundial de altura.

Tanto subí, que, sin darme cuenta de ello, llegué á la Luna.

No puedo describir las maravillas que en aquella ascensión vieron mis ojos. Además, sería inútil, porque nadie podría comprenderlas.

Como si la voluntad de subir se hubiera petrificado en mi cerebro; sólo á ella obedecía el pensamiento, permaneciendo las demás facultades del alma y del cuerpo sumidas en una especie de inconsciencia. Dejé de ser dueño de mis actos... Tuve un momento de angustia mortal, en el que faltó aire á mis pulmones. Después, una sensación de bienestar dulcísimo, un enervamiento delicioso de todo el cuerpo, un letargo ensañador, como el que produce la morfina...

Cuando salí de aquella especie de desvanecimiento, me di cuenta de que el aparato descendía planeando sobre una tierra extraña. Estaba en la Luna; pero sólo me di cuenta de ello al ver brillar en el cielo, como un mapa mundi de dos metros de diámetro, mi planeta patrio: la Tierra, la amada Tierra, á que tal vez no podría volver nunca... Brillaba la nieve de sus polos como plata bruñida; rodeado de los blancos mares, se dibujaba perfectamente el contorno de Europa, tal y como se ve en los mapas; la línea ecuatorial estaba rodeada de un cinturón de luz violácea...

Lancé un grito y caí de rodillas, extendiendo los brazos hacia el cielo con un movimiento inconsciente.

¿Cómo era posible que hubiese subido hasta la Luna? ¿Acaso había muerto, y mi alma acababa de remontar el misterio del más allá?...

Me ahogaba la emoción más honda que haya sentido jamás el hombre; un sentimiento de abandono, de desolación, de angustia tan infinita, que me hizo prorrumpir en sollozos y derramar un mar de lágrimas...

ooo

De pronto sentí que se posaba suavemente una mano en mi hombro. Levanté la cabeza. Ante mí estaba de pie un anciano de luengas barbas blancas, que me contemplaba con expresión de bondad cariñosa, y díriase que paternalmente.

Le contesté, aún lloroso, con una inclinación de cabeza afirmativa.

Le contesté, aún lloroso, con una inclinación de cabeza afirmativa.

Era un hombre alto, vigoroso, completamente igual á nosotros; su rostro, surcado de arrugas, denotaba una vejez extrema, y en sus ojos veíase brillar una mirada honda, penetrante, misteriosa, milenaria...

De tal modo, á tener ojos, hubiesen contemplado las pirámides de Egipto á los soldados de Napoleón...

Yo seguía de rodillas. Me levantó del suelo y me estrechó efusivamente, y muy emocionado, entre sus brazos, me besó en la frente, y después me dijo en un lenguaje que me sorprendió por su claridad:

—Bien venido seas, ¡oh habitante del astro grande! ¡Años hace que te esperábamos! ¡Cómo tardaste tanto, tú, que aprendiste á volar, en descender á este misero y desdichado mundo?

—¿Dónde estoy? — le pregunté.

—En el astro que gira enredor del tuyo.

—¿Luego no es un astro muerto?

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Aún no! — me contestó con un acento de honda pesadumbre —. Sígueme, y tus jóvenes ojos juzgarán.

A la luz de la Tierra, que se proyectaba con la claridad de una mañana invernal, empezamos á caminar por un terreno seco, agrietado, retorcido, y que, no sé por qué, me pareció tener alguna semejanza con el rostro del anciano. Estábamos en el centro de un gran anfiteatro, rodeado de altas é imponentes cumbres volcánicas. El suelo, de un color ceniciento, estaba surcado de grandes é insondables barrancos. Parecía que aquel mundo acababa de convulsionarse con una catástrofe geológica, ó que, falto de calor y de humedad, se había resquebrajado, como las tierras castellanas en las largas sequías.

Yo caminaba con una agilidad asombrosa, pero mi compañero no podía seguirme. Tuve que hacer grandes esfuerzos para ir á su paso.

—¿Decís que me esperabais? — le pregunté.

—Sí, hijo mío; desde que vimos que os remontabais por el aire, os esperábamos; sabíamos que no podrías tardar en llegar hasta nosotros.

—Según eso, ¿conocéis aquí nuestra vida, nuestras costumbres?

—Todo, ó casi todo. Hace millares de años que unos cuantos sabios nos dedicamos á observarlos con poderosos telescopios. Sabemos que surcáis las grandes extensiones líquidas; que cruzáis el planeta de un extremo á otro con una especie de reptiles monstruosos... y, sobre todo, sabemos que reina en vuestro mundo la juventud eterna; que las generaciones se suceden; que la muerte bienhechora mantiene allí la vida en constante lozanía.

De pronto, al volver un recodo del camino, nos hallamos á las puertas de una gran ciudad.

Penetramos por una calle anchísima y recta. A uno y otro lado se elevaban edificios enormes, todos en ruinas. Entre montones de escombros y grandes bloques de piedra, algunas torres altísimas, de arquitectura fantástica, se levantaban al lado de naves colosales, medio derruidas sus techumbres; á través de ellas se veían brillar las estrellas en un cielo muy negro... Junto á tales colosos alineaban la calle miserables casuchas de un solo piso, sin estilo ni belleza alguna. Era una ciudad en ruinas, vestigio de una civilización muerta debía hacer ya muchos siglos.

A lo lejos vi pasar, como sombras, á dos ó tres ancianos que caminaban muy encorvados, penosamente, sosteniéndose á duras penas en sus cayados, como espectros de un aquelarre.

—Sentémonos á descansar — me dijo el viejo.

Lo hicimos en una piedra de un edificio derruido.

¿Qué ciudades,



—Varela de Ollas



ó, mejor dicho, qué ciudad fué ésta? — le pregunté.

Me dirigió una mirada triste, muy triste, y me contestó lastimero:

—Dices bien; parece que vienes de un mundo lleno de vida; aquí todo fué, todo pasó... Yo, á quien crearás un anciano, soy de los más jóvenes; pertenezco á la última generación, y cuento quinientos veintitrés años solares. Todos estos edificios que ves, son los restos de una civilización desaparecida, de una civilización espléndida, en que las artes y las ciencias llegaron á alturas inconcebibles. Cuando vosotros erais aún bestias salvajes, conocíamos ya nosotros los grandes secretos de la madre Naturaleza; las maravillas de la física, de las matemáticas, de la astronomía. Pero, sobre todo, poseíamos la ciencia de curar las enfermedades, hasta el punto de que llegamos á hacer desaparecer de este mundo la muerte patológica.

—¿Y todo eso lo han olvidado ustedes?

el amor ciego y egoísta de los viejos á la vida, de los que mandaban en el mundo... Se reunieron los jefes de los treinta y seis Estados en una solemne asamblea, para atajar el mal, y acordaron sentenciar á muerte á todos los recién nacidos y á los que naciesen desde entonces...; se prohibió la propagación de la especie, la renovación de las sociedades... ¡Qué espantoso fué aquello! Yo y mi esposa vimos asesinar á todos nuestros hijos y arrojar sus cuerpos, destrozados, por las simas de los cráteres, por los barrancos sin fondo... Algunas madres huyeron con sus niños; vivieron ocultas muchos años en los repliegues de las montañas, en las espesuras de los bosques seculares, que aún había; pero cuando aquellos niños llegaron á ser jóvenes y salieron al mundo deseosos de vivir, los viejos, los inmortales, los perseguían y cazaban como á fieras... No dejaron con vida ni uno, ni uno solo...

—¡Qué horror! — interrumpí.

—Pasaron años y años, y en ellos fuimos per-

á tu planeta feliz y eternamente joven... Yo, que con mi telescopio te he visto caer, he salido á prevenirte. Vuélvete, repito, y si podéis venir en número suficiente para vencernos, no tardéis en hacerlo; venid á matarnos á todos y á llenar de savia joven este mundo decrepito...

Le interrumpió un clamor de multitud, cada vez más creciente y próximo. De todas las calles transversales fueron saliendo infinidad de seletitas milenarios, inverosímilmente encorvados unos, otros aún más faltos de fuerzas, avanzando á gatas por no poderse ya mantener en pie; otros afianzándose en las paredes, y algunos tan agotados de fuerzas, que avanzaban tendidos en el suelo, por medio de horribles contracciones de todo el cuerpo.

¿Qué temor podían inspirarme?

La multitud crecía, se apretujaba; venía hacia mí compacta, lentamente, como una plaga de reptiles.

Sentí por todo mi cuerpo correr un escalofrío



—No; óyeme con paciencia. No bastó llegar sólo á la muerte fisiológica, no; un día un sabio descubrió una hierba, hace de esto ya dos mil años, que, si no llega á dar la inmortalidad, prolonga la vida hasta veinte ó treinta siglos.

Yo lo sé por habérselo oído contar á mis abuelos. Cuando se hizo el descubrimiento y se probó científicamente, de modo que no era posible dudar, la alegría del mundo entero fué enorme; un verdadero delirio, una fiesta inacabable... ¡Ay!, poco tardó en llegar la tristeza.

—¿Tristeza de vivir?

—Sí, joven, sí. A los quinientos años no cabíamos todos los habitantes en el mundo; el suelo no producía lo suficiente para mantenernos á todos; hubo luchas espantosas, guerras terribles...

—¿Qué importaba, si no podíais morir?

—Sí; es posible la muerte por hambre ó por herida en el corazón. Hubo muchas guerras, como te digo; pero nada bastaba; la población crecía, crecía sin cesar, y hasta los cráteres de los volcanes más altos estaban habitados.

Esto sí lo recuerdo, porque entonces era yo joven como tú.

—¿Y hubo algún diluvio, como en la Tierra, alguna catástrofe sísmica?

—No, hijo mío; no hubo más catástrofe que

diendo las energías, la facultad de procrear, las fuerzas para el trabajo, la memoria de nuestras industrias..., y la vida sigue aquí petrificada, sin esperanza posible de renovación. Todo son ruinas, desolación, miseria, porque somos pocos los que podemos trabajar la tierra. Las casas se derrumban, y no hay apenas fuerzas para volverlas á reedificar; se abandonaron casi en absoluto las ciencias y las artes. A las pasiones juveniles han sucedido las pasiones propias de los viejos: la sordida avaricia, la envidia, el egoísmo más descarnado, la carencia de ideales. Un espíritu mezquinamente conservador domina á estos viejos milenarios, y con él han contagiado á los jóvenes de mi generación, hasta el punto de que han llegado á ser más egoístas y estacionarios que ellos.

Sólo unos cuantos insistimos aún en estudiar y en renovar la vida en lo poco que ya es posible renovarla. Por eso, cuando les dijimos los astrónomos que vosotros habíais aprendido á volar y que no podríais tardar en venir aquí, se aprestaron á la defensa. Temen que traigáis una juventud, que llenéis el mundo de nuevas energías...

Ya saben que un habitante del planeta grande se aproxima; tal vez nos cerquen á estas horas para matarte... Huye, vuelve á tu mundo,

de terror y repugnancia, y no pude menos de preguntar á mi protector:

—¿Pero qué pueden esperar estos seres de la vida?

—¡Ah, pues la aman, se aferran á ella con una tenacidad indomable! ¡Saben que les quedan muchos siglos de existencia, y dicen que la vida es un soplo!

Aumentó el vocerío; trabajosamente abrió calle la masa compacta, y vi avanzar en numeroso grupo á los jóvenes de la generación última. Venían calle arriba, enarbolando gruesos garrotes, en manifestación hostil.

Entre el tumulto se destacaban algunas voces, aún potentes, que gritaban:

—¡Vivan los inmortales! ¡Abajo los jóvenes! ¡Mueran los intrusos extranjeros!...

Salí huyendo; llegué á mi aparato; me remonté rápidamente, y abandoné aquel astro muerto, putrefacto y carcomido por semejante gusanera... Después...

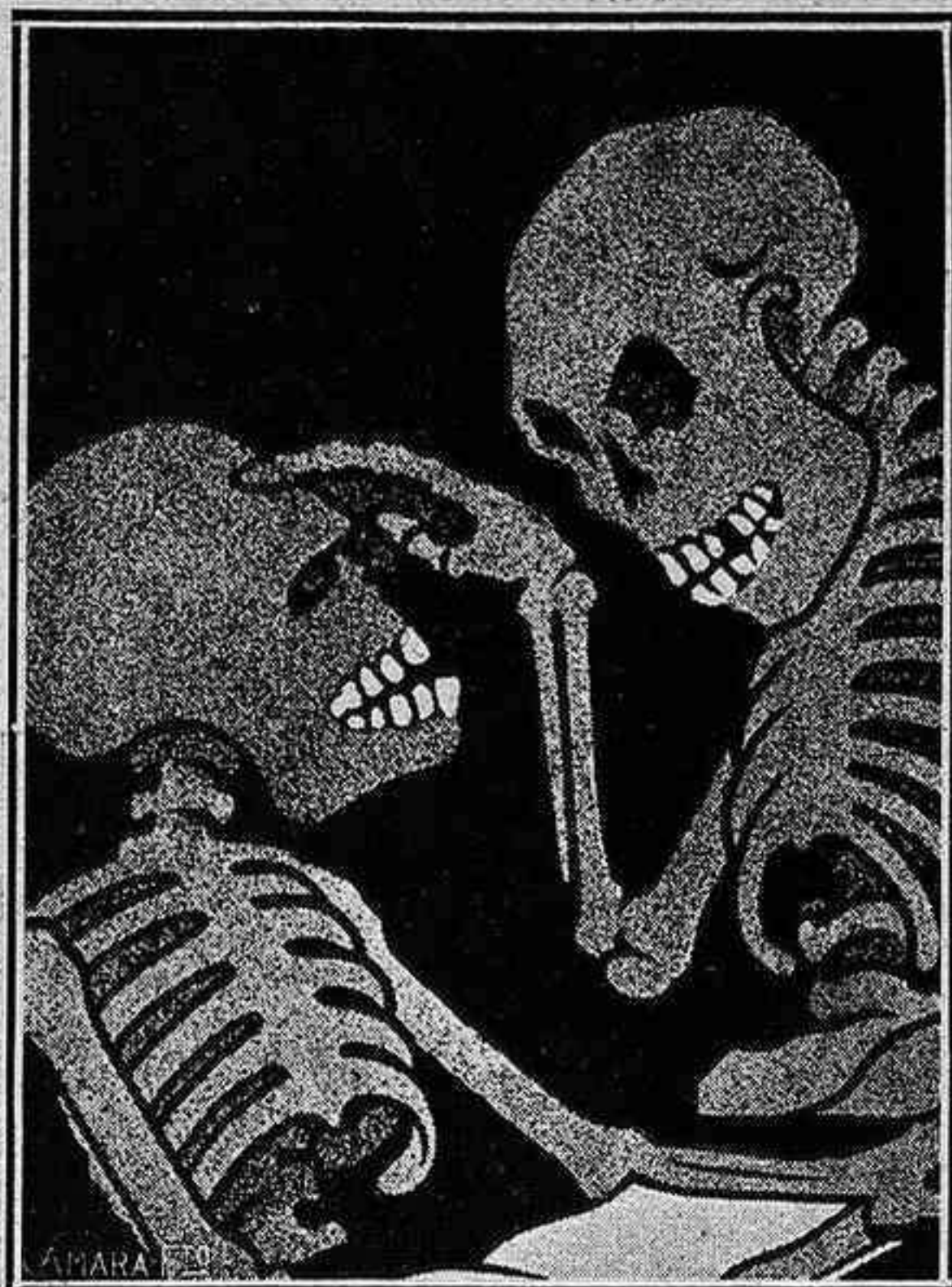
No decía más el manuscrito.

Hace dos días supe que un barco había encontrado restos de un aeroplano en un peñón del Mediterráneo.

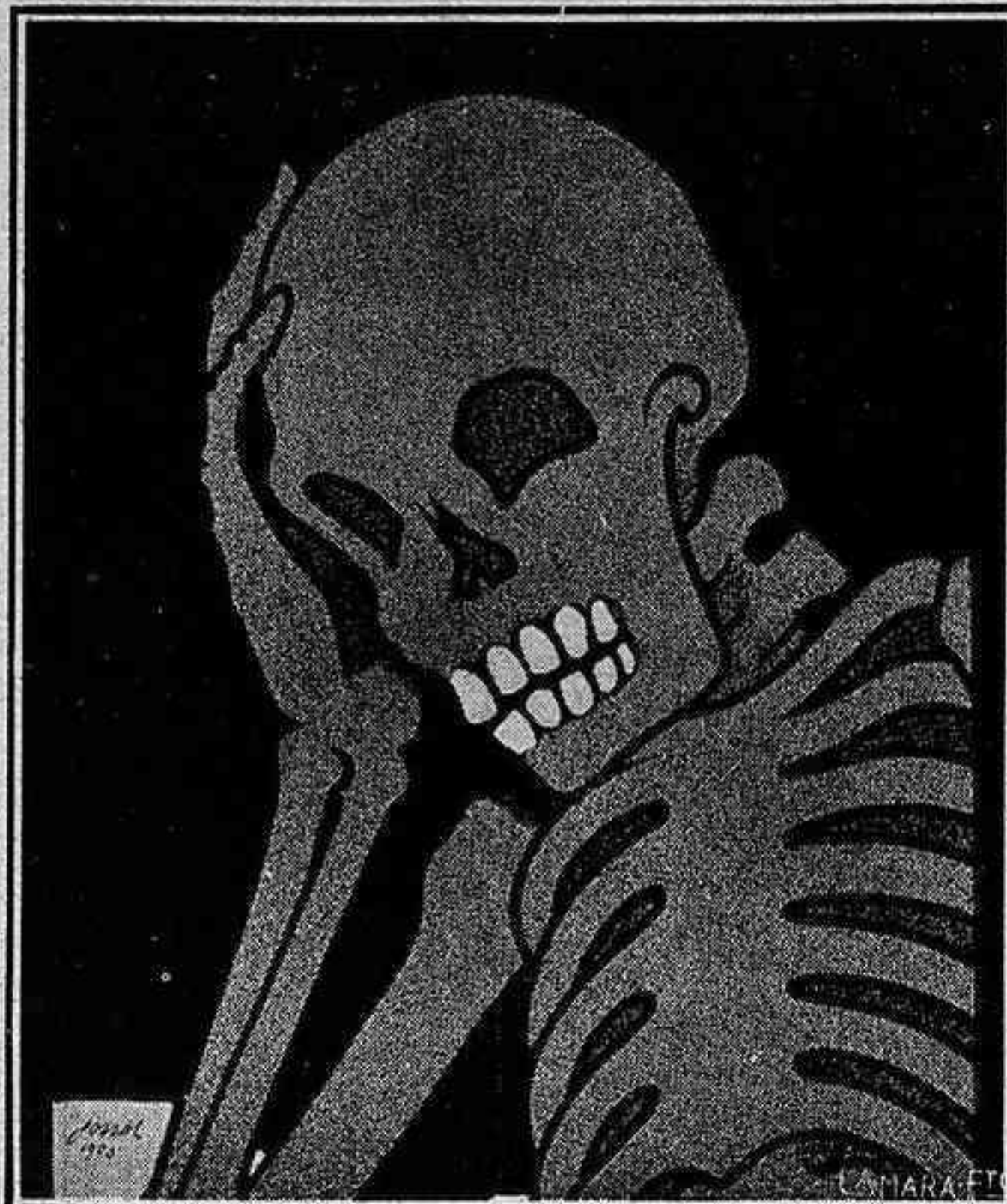
FRANCISCO ARIMON MARCO  
DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



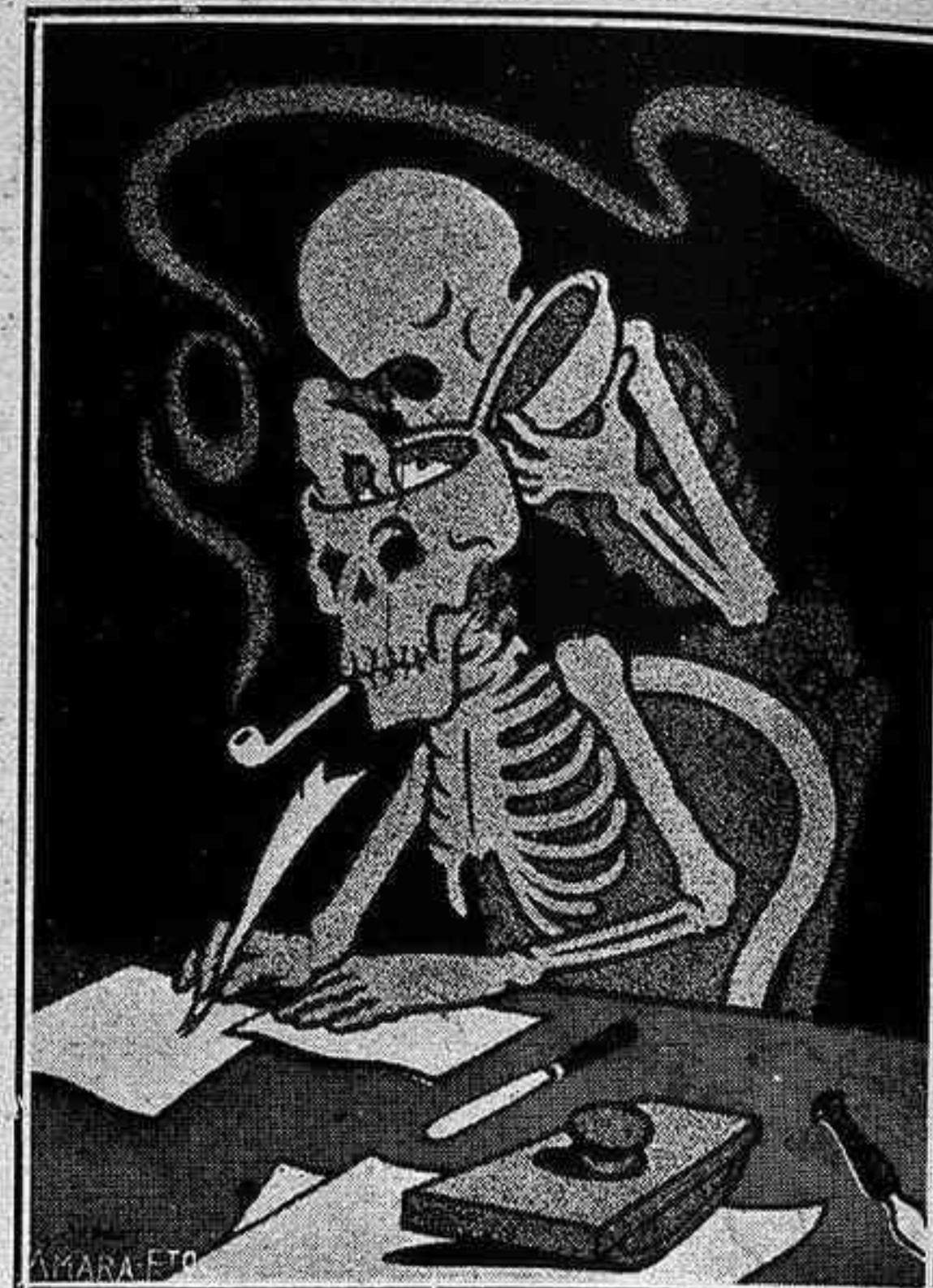
EL ARTE MACABRO  
LOS ESQUELETOS DE JOSSOT



—Tienes una ranura en la frente.  
—Mejor. Eso me refrescará las ideas.



—¡Qué silencio! Si aún me quedaran orejas, oíría mi pensamiento.



—¿Tienes tabaco?  
—Mira en el cerebro. Ahí tengo un montón de cosas.

A SEQUIBLE esta tarde pálida, plena de escalofrío, de Noviembre, á la meditación funeraria.

La muerte ronda invisible en torno nuestro, como en los dramas de Maeterlinck; hace sonar un violín para las danzas, que nadie — desde el Pontífice al mendigo — elige, como en los grabados de Holbein y las faras de Juan Pedraza, «tundidor y vecino de Segovia»; vuela sobre las ciudades, preñadas de multitudes enmascaradas, como en los dibujos inquietantes de James Ensor; se ofrece lúbricamente, como la imaginase Feliciano Rops ó Eduardo Münch.

Hormiguan de gente los senderos, solitarios tantos días, del cementerio, que por la noche ilumina su pedazo de cielo y perfuma su aire campesino con las luminarias y las flores conmemorativas. En los paseos apartados, olvidados á su melancólico fastigio, renquean y tosen los viejos, se tambalean como ebrios los amantes, que no pueden ver el camino y unir sus labios al mismo tiempo. Sobre ellos, las hojas secas vuelan; bajo ellos, las hojas, podridas de humedad, fermentan con un olor acre y sutil.

Se encienden los primeros fuegos hogareños. El hombre cobija su pensamiento en la lectura ó en la muda contemplación de las lengüetas urentes que consumen los leños, todavía ornados de tallos verdes.

Y en las madrugadas siempre hay alguien que tiene miedo en su lecho, porque ha visto la muerte durante el sueño y la sigue imaginando despierto.

Así, durante la tarde pálida, escalofriante, los esqueletos de Jossot son oportunos.

□□□

Estos esqueletos no son

jocosos, como los del japonés Kiosai; no vienen á buscar los vivos, como los de Alfredo Rethel. Ellos no quieren nada con la vida carnal. Viven en otra vida descarnada. No les interesan los templos, los palacios, las calles, las campiñas por donde transitan los seres como fantasmas perdidos en un laberinto, cuyo secreto está en una fosa recién abierta. Ellos se limitan á su mundo subterráneo, y cuando más, á las noches de invierno y de luna entre los huertos, donde se cultivan mármoles y bronceos á la sombra encorvada de los sauces y la sombra aguda de los cipreses.

Jossot no ríe. Jossot no pretende distraer ni horrorizar á sus compañeros de cautiverio vital. Es el interrogador de las tumbas, el que se tendió boca abajo sobre la tierra nequizca hinchada de putrefacciones, sobre la tierra blanquecina de los osarios, y escuchó. Es el hombre que ha oído hablar á los muertos más muertos, á los que ya no tienen ojos, ni corazón, ni sexo ni lengua; á los que podrían solicitar empleo en una clase de Anatomía.

Estos esqueletos de Jossot parecen hijos de aquel otro de Ligier Richier, que representa á Renato de Chalons, conde de Nassau, en la iglesia de San Pedro de Barle-Duc. Dispuso el conde en su agonía que el gran imaginero hiciera su *portraiture fidèle non comme il était en ce moment, mais comme il serait trois ans après son trépas*. Y así, descarnado el esqueleto, con jirones de piel y de vestido, de pie, en una actitud gallarda, Renato de Chalons levanta con su brazo izquierdo su propio corazón...

Son también, sin duda, hermanos de aquel espectro singular que describe Baudelaire en *Las Flores del mal*, en

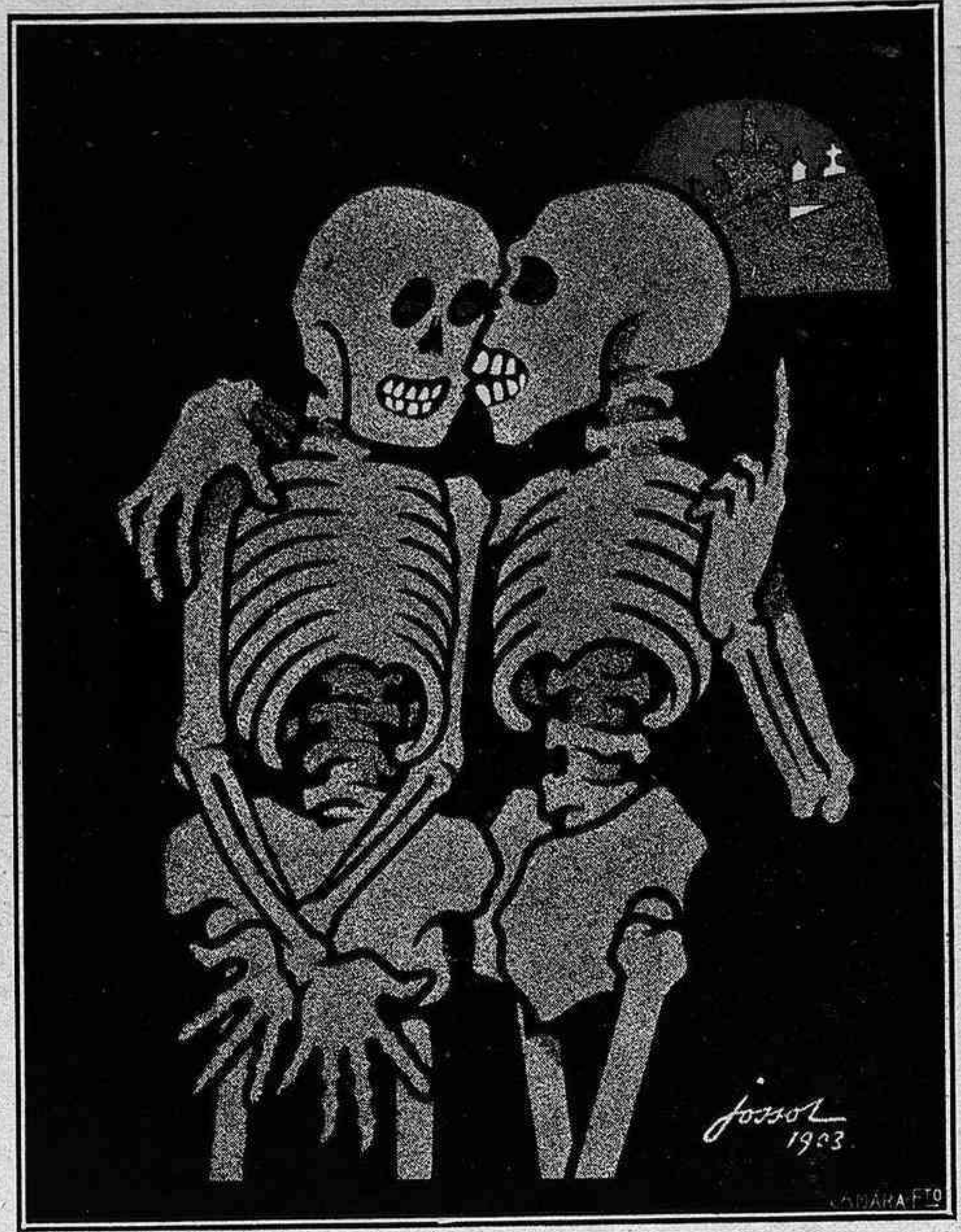


—Los vivos siquiera tienen piel. Eso les calienta.





—Sobre todo, límpiame bien el torax; tengo telarañas en el sitio del corazón.



—¡Y pensar que allí arriba pretenden que el amor es un contacto de epidermis!

le cimetière immense et froid, sans horizon, où gisent, aux lueurs d'un soleil blanc y terne, les peuples de l'histoire ancienne et moderne.

ooo

Un esqueleto recuesta su cráneo contra su mano y medita: ¡Qué silencio! Si aún tuviera orejas, oírta mi pensamiento.

Debe ser, ciertamente, un silencio supremo, absoluto, un silencio como no puede conseguirle nunca la vida, este silencio de la muerte, donde vamos dejando caer á los muertos más viejos y más débiles. Silencio que no interrumpen las larvas sobre la tierra húmeda; silencio que protegen las losas de piedra y el olvido humano. Al principio cruje la madera al desunirse, los huesos al perder sus ligaduras, los clavos ya inútiles que caen en el fondo de la caja. Después, una calma ancha, negra, envuelve el subcementerio siempre, y á veces el cementerio mismo, á las altas horas de Enero.

Los esqueletos pueden meditar. Porque ésta es la obsesión de todos los esqueletos de Jossot: la inmortalidad del pensamiento, la permanencia del espíritu más allá de la muerte. Diríase que el espíritu se ausenta al morir, y que retorna años después, cuando ya nada carnal queda en la osamenta, cuando todo pensamiento ha de ser puro é inmaterial fatalmente.

Un esqueleto le dice á otro que solicita tabaco: «Busca en el cráneo; ahí tengo un montón de cosas.»

Otro esqueleto se ha quitado el cráneo y le contempla. Siente el asombro de verle mondo, vacías las cuencas orbitarias, y dice: «Sin embargo, ahí había algo.»

Aquí, un esqueleto advierte á su compañero:

—Tienes una ranura en la frente.

—Mejor — contesta el otro —. Eso me refrescará las ideas.

Allí, otros dos contemplan al tercero, de un ahorcado: «¿En qué pensará?», se preguntan.

Este triunfo del cerebro más allá de la vida, ¿nos entristece ó nos consuela? Ahora no sabríamos decirlo.

¡Hay tantas veces que quisiéramos destruir nuestro pensamiento, ahogarle con esa bárbara locura de la infantilidad al reproche vivo de su culpa! Pero también quisiéramos otras veces detener el tiempo, aislarnos de las palabras y de las ideas ajenas á aquélla que nos da la sensación cabal, plenaria, de la felicidad; del momento único en que ha culminado nuestra existencia, de aquel instante del cual serán eco, reflejo y nostalgia todos los restantes de nuestra vida.

Jossot ratifica la eternidad cerebral en otros dibujos. En uno, el esqueleto señor se ha puesto el sombrero de copa y el gabán, y ha cogido el bastón. Va á dar un paseo á través de las otras sepulturas. Pero antes le dice al esqueleto sirviente que le desempolva bien con el plumero los huesos torácicos, porque tiene telarañas en el sitio del corazón. ¡Ay!, este burgués del siglo XIX no es como aquel conde romántico del siglo XVI, levantando su corazón como el sacerdote la hostia.

Pero junto á él hay un susurro de palabras trémulas. Dos esqueletos se abrazan castamente. Uno de ellos dice: «¡Y allí arriba pretenden que el amor no es más que un contacto epidérmico!» Ellos no tienen telarañas en el sitio del corazón.

De cuando en cuando, los esqueletos suben á tierra. Es un pobre esqueleto de valetudinario, que tiene que apoyarse en muletas, que carece de dientes y que no puede masticar las raíces de las plantas crecidas en torno de su tumba.



—¡Soñaba que vivía!

Son otros dos esqueletos á quienes tentó para la excursión terrenal el silencio enorme de arriba; un silencio casi tan amplio y absoluto como el de abajo. Al salir á flor de tierra, ven que todo está cubierto de nieve. Lentamente empiezan á andar con pasos sordos entre las tumbas. El mundo parece muerto. Ni un rumor, ni una luz. Los copos caen blandos, tenaces, sobre los huesos, que pierden rápidamente el dulce calor de su enterramiento. Para mayor angustia, se han extraviado en el gran cementerio. No saben ya dónde está su sepultura; no encuentran resquicio alguno por donde descender. ¡Imagináis nada tan desolador como estos dos pobres esqueletos perdidos y tiritando de frío en la noche nivosa? En las casas habrá gentes sentadas junto al fuego, gentes durmiendo bajo el dulce calor de las mantas, gentes sentadas á la mesa, donde las viandas humean y el vino promete su caricia cálida; gentes que sientan la calentura del amor. Pero estos dos esqueletos, ateridos, no les envidian el fuego ni el hogar, ni el lecho, ni la comida, ni el amor. ¡Les envidian la piel! «¡Los vivos tienen piel, y eso les calienta!...»

También hay esqueletos que no lo pierden todo. Así, esta solterona que añora el tiempo en que su perro y ella tenían pulgas, conserva la capota, la manteleta y el esqueleto del perro. Así, este militar conserva su kepis, su cruz y sus bigotes, y procura tocar en la rota guitarra de la patria los viejos aires de antaño.

Por último, Jossot, el que retrata los muertos, el que interroga á los muertos, nos dice que es preferible yacer bajo la piedra cubierta de inscripciones de fechas, á vivir.

Un esqueleto aconseja á otro: «¡La resurrección de la carne? Pensemos en ella, pero no hablemos de ella nunca.»

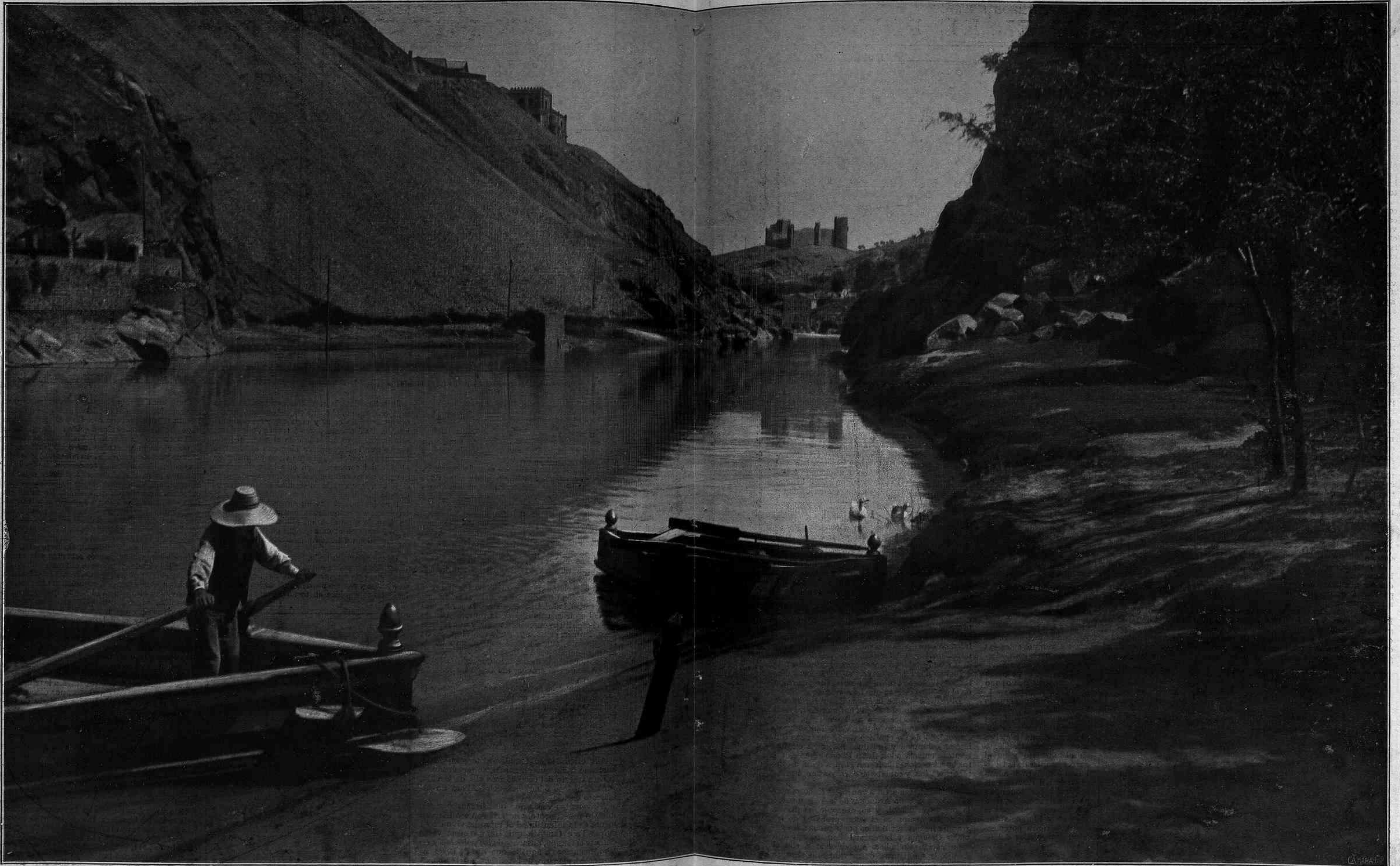
Es el mismo terror que acomete á los vivos respecto de la muerte.

Y no obstante ese terror que nos causa la posibilidad inmediata, lo siente un esqueleto de Jossot, despertando de una pesadilla horrible, espantosa, capaz de enloquecerle: ¡soñaba que vivía!

Este amor á la muerte es de todas las épocas y de todos los hombres. Diríase que este esqueleto de Jossot tuvo el alma de aquel comentador Escrivá, que dejara en el Cancionero de Valencia, el año 1511, la bella estrofa de la renuncia: «Ven, muerte, tan escondida,—que no te sienta venir,—porque el placer de morir—no me torne á dar la vida.»

José FRANCÉS





Un aspecto del curso del Tajo, á su paso por Toledo, visto desde el puente de Alcántara.  
Fot. Hiescher

CAMARÉ



## CEMENTERIOS QUE VIVEN Y CEMENTERIOS MUERTOS EL DE GÉNOVA Y EL DE PISA

EL hombre ansía siempre imprimir á las cosas finitas que le rodean el sello infinito de su alma. Compuesto de espíritu y materia, con su inteligencia observa las múltiples manifestaciones de la Naturaleza; toma de ellas lo que más halaga á su genio, lo modifica, completa, embellece, y aquello de que carece, lo inventa; dejando siempre impresa en sus obras la sensación del creador, el destello del genio palpitante que las ha producido, y en un egoísmo de eterno vivir, quiere que al retorno del cuerpo al no ser, quede perenne el recuerdo de su paso por la tierra, y, según la cuantía de sus bienes, levanta suntuosas sepulturas, gallardías y arresos de inútil soberbia.

El cementerio es el fin de la vida humana, y como en ésta, también entre aquéllos existen categorías. El villorrio es pobre; su penuria la vemos refleja en los casi derruidos tapias que encierran pequeña porción de tierra, á trechos removida, en cuyo centro yérguese la simbólica cruz latina sobre grueso sillar calizo, sirviéndole de solitario compañero algún sauce ó ciprés, de cuyas frondas salen de cuando en cuando nerviosos gorjeos de gorriones, retumbando en la soledad y quietud de aquellas soleadas tierras yermas.

La población es populosa; sus edificaciones magníficas, señoriales, prodigios arquitectónicos; cruza sus calles la electricidad en mil direcciones, como fuerza, luz ó voz humana; el dinero corre á torrentes; ved su cementerio: es espléndido; allí se atesoran riquezas en costosísimos mármoles, bronces ó vidrios; su conjunto es soberbio, ambicioso, petulante, como intentando con aquella última ostentación de la riqueza borrar la verdad de la muerte.

Y á la manera como el cementerio simboliza la prelación pecuniaria de los hombres, que no lejos de él viven y trabajan, también sigue las vicisitudes por que pasan los pueblos á que pertenecen.

Cuántas ciudades en un tiempo famosas se les llama muertas, á pesar de que viven; y es que su vivir actual es lánguido, silencioso; parece que subsisten, no por el instinto de conservación, sino tan sólo para dar fe de sus pasadas grandezas; visitad su cementerio, y veréis que

la primorosa labor artística de sus sarcófagos y panteones, lucida en otros tiempos, está mutilada, resquebrajados sus mármoles, enmohecidas y podridas por la humedad sus tallas, con herrumbre sus hierros y rotos sus vidrios; no hay una mano dolorida que cuide de repararlos.

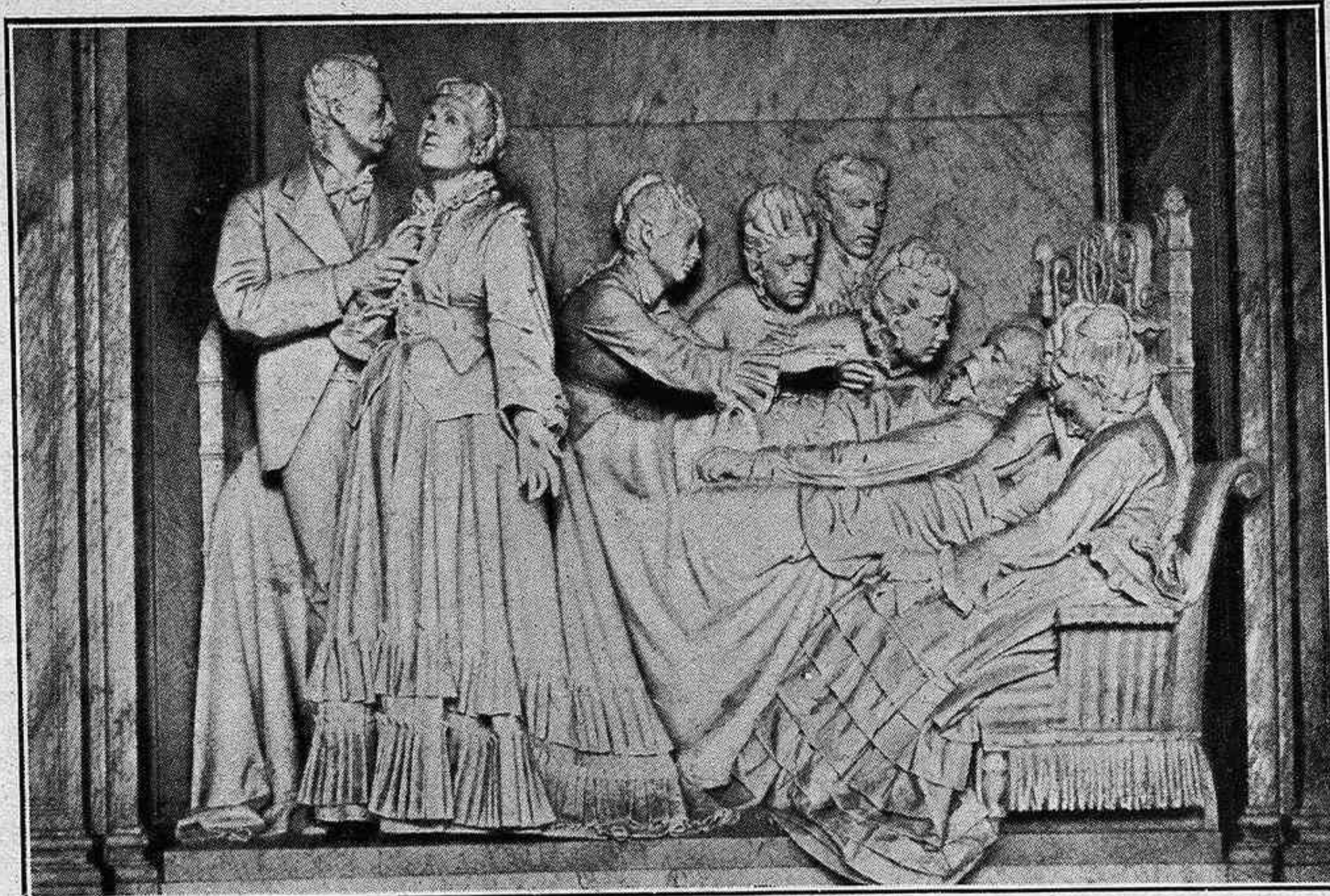
¡Grande ejemplo de cementerio muerto es el de Pisa!

«Parece que en aquel cementerio quiso la República pisana labrar su propio sepulcro; cierto que ningún otro monumento podía haberse ideado para guardar el alma de la singular ciudad» (1).

Es, sin disputa, el más



Galería central del cementerio de Génova



Monumento á Raggio, en el cementerio de Génova

giosa obra de Juan Pisano, en donde aquellos señores aventureros alardearon de irreprochable sentimiento de Arte, para confortar el espíritu durante sus visitas en los descansos ó treguas de sus atrevidas rapacerías, ha pasado por todas las vicisitudes de su ciudad; hoy es un lugar callado, rotundo, en donde el artista y el arqueólogo escudriñan con afán su arte docentista y trecentista, y el culto aficionado á viajar por sport, lo examina con curiosidad y estudio...

Cuentan los cronicos que en los primeros años del siglo XI las galeras pisanas, al mando del arzobispo Obaldo de Laufranchi, corrían los mares lejanos, juntas con las de Venecia y Génova, para combatir al infiel Saladino; la suerte no

les fué propicia; el jefe de la cruzada, el Emperador Federico Barbarroja, murió en ella, y la flota cristiana quedó vencida. Los pisanos, para no perder en absoluto la expedición, y á falta de otro botín de valor real, cargaron sus naves con tierra del monte Calvario, depositándola á su regreso en unos terrenos situados á la derecha de la iglesia mayor; en 1278, como dice la lápida colocada sobre la puerta, fué encerrada en el artístico recinto que hoy subsiste.

El edificio adopta la forma de un rectángulo irregular, siendo su fachada exterior de mármol blanco. El interior deja al descubierto, en el centro, un gran patio, el verdadero Camposanto, circundado de un claustro de 62 ventanas con ligeras columnas y finísimos rosetones elegantemente entrelazados; Juan Pisano sigue en estas construcciones la forma clásica de la arquitectura latina, y concibe su obra con simplicidad seria y severa.

Simón Martini, artista valiente y famoso, pintó en 1320 la bella Asunción de la Virgen sobre la puerta principal, y su discípulo, el pisano Francisco Traini, es el autor probable de los grandes frescos, atribuidos por algunos á los geniales Orcagna y Lorenzetti. Son de una alta significación simbólica, supeditando á ella el dibujo de sus figuras, de movimientos siempre rígidos y de un paralelismo monótono en la colocación. Taine, al hablar en general de estos primitivos italianos, dice: «La forma física no les interesa más que á medias; ellos no la persi-

soberbio ejemplo de cementerio plétórico de vida el de Génova.

«Toda una población de seres mudos, rígidos, de inmaculada blancura y tan numerosos como el vecindario de Génova, se yergue entre las flores y follajes del cementerio ó en las desiertas columnas, cuyo pavimento repite el paso del visitante con pavoroso eco» (2).

Más de cinco centurias hace que Pisa, la vieja ciudad gibelina, vive sólo del recuerdo de su ayer esplendoroso, de aquellos años en que, floreciente en el comercio y en el Arte, ejemplar de la legislación é inimitable administradora del erario, se le respetaba por todos los pueblos de entonces; pero sus absorbentes vecinas Génova y Florencia aniquilaron tanta potencialidad á mediados del siglo XIV.

El Camposanto, prodi-

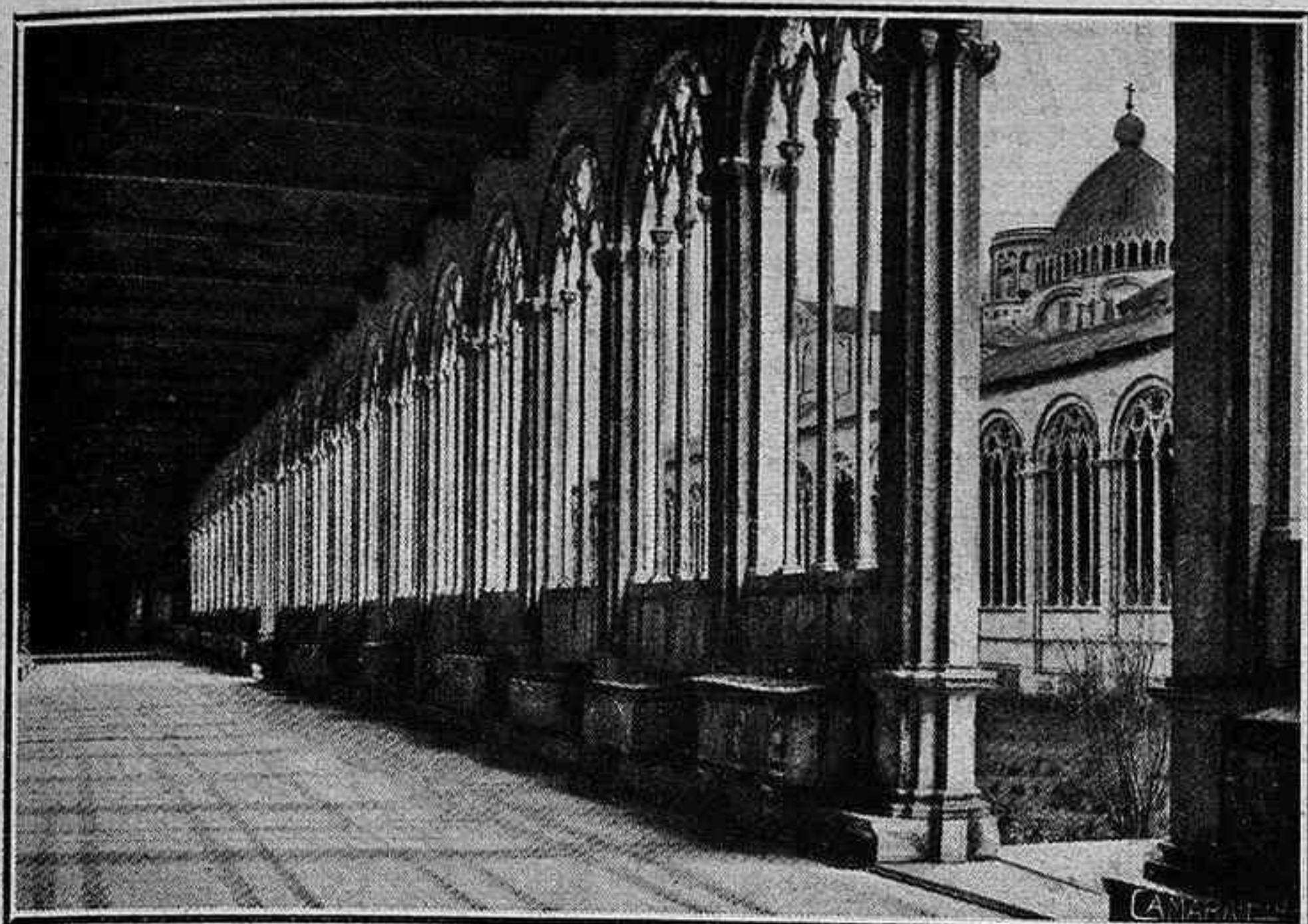
(1) J. B. Supino, *Pisa*.—Bergamo, 1910.

(2) Blasco Ibáñez, *En el país del Arte*.

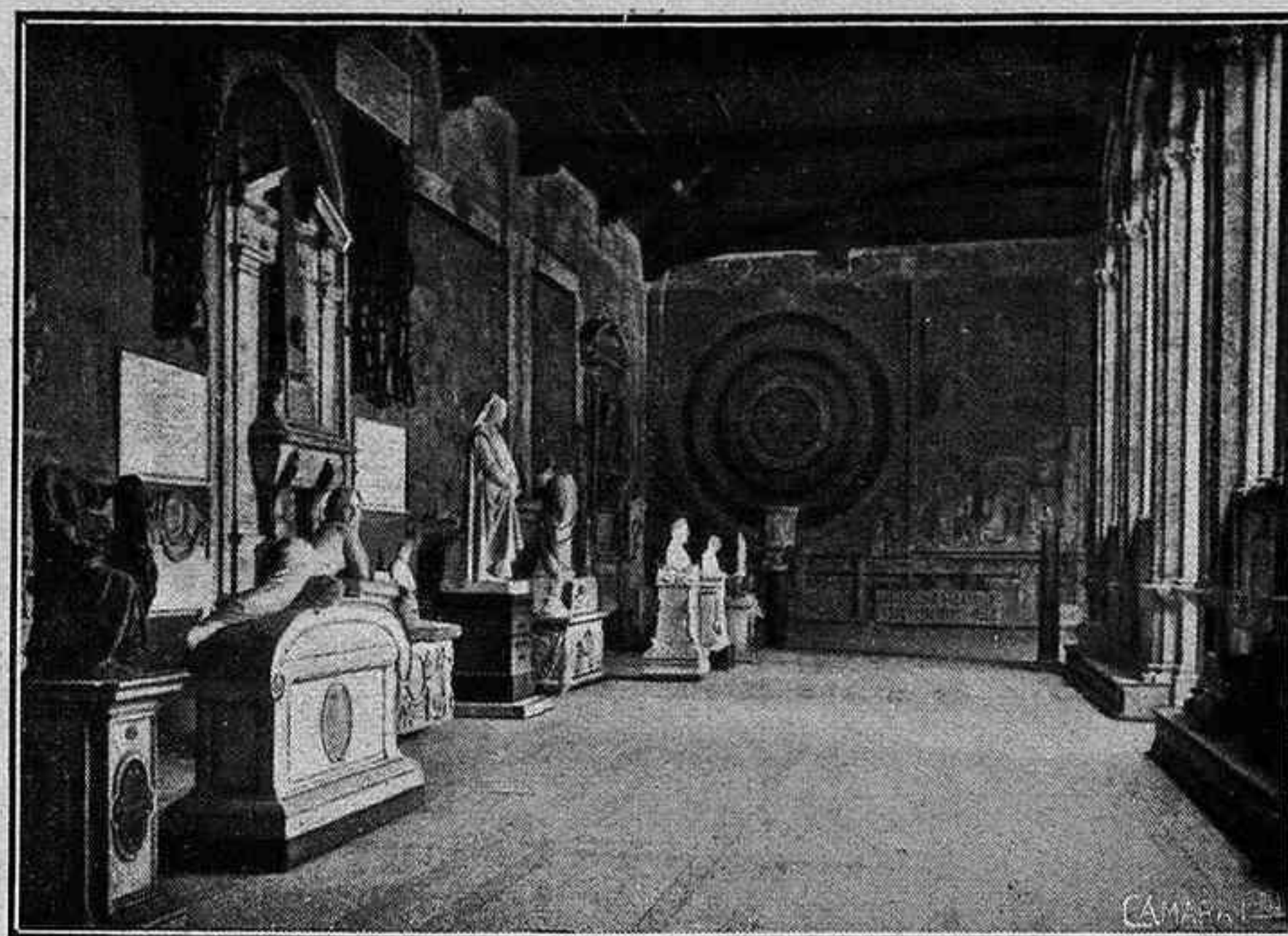


Una galería del cementerio de Génova





Claustro del Camposanto de Pisa



Galería interna del cementerio de Pisa

guen curiosa y apasionadamente por ella misma; no le piden más que un símbolo y una sugestión. Las inmensas composiciones allí pintadas de *El triunfo de la muerte*, *El juicio final*, *Apoteosis de la vida contemplativa*, etc., etc., son la expresión fiel del espíritu de la época; poseídos de las grandezas bíblicas, estos artistas sólo encuentran en ellas saludable desarrollo para sus ensueños y fantasías, y los claustros monacales ó los muros de las iglesias son el palenque para su inspiración cristiana.

Este arte sencillo, «aunque borroso, es una expresión, es algo milagroso, como la primera frase confusa de un mudo que de repente recobrase la palabra» (1). Nobles montados en robustos alazanes, formando soberbia cabalgata principesca, que más tarde nos la recuerda Durero en sus grabados; poderosas señoras ricamente ataviadas; anacoretas en pleno ascetismo; ángeles y arcángeles dividiendo á la Humanidad en justos y pecadores; diablos de formas horribles; todo un mundo, real y quimérico á la vez, se extiende en aquellos grandes muros, para que á su vista y contemplación el alma creyente y temerosa no olvide un momento la sanción que en la vida espiritual tienen las obras humanas.

Francisco de Volteira, Spinoza Arentino, Renoso Gozzoli y toda una legión de artistas, contribuyen con su fuerte ingenio á immortalizar este inspirado estuche de Pisano, que guarda como religiosa presea un puñado de tierra santificada con la sangre de Cristo.

Antitética es la impresión que nos produce el cementerio de Génova; esta ciudad, poseedora del primer puerto mercante de Italia, que le produce inmensos rendimientos para labrar fabulosas fortunas, no podía consentir que su Camposanto, uno de los motivos más grandes de ostentación y vanidad, dejase de figurar como el mejor de su patria; y con aquella esplendidez comercial que supone al arte supremo, radiando en la riqueza inmensa, labró á mediados del pasado siglo la más fastuosa serie de figuras en piedra que puede imaginarse, de no muy exquisito arte y

de expresión dramática, en algunas ridículas á fuerza de exageradas.

Allí aparecen en todo su tamaño naveros enriquecidos, hábiles abogados, almacenistas, industriales y comerciantes con rimbombantes

tir y transmitir sus sensaciones á quienes contemplan sus obras, sino con el afán desmedido de llamar la atención por la riqueza allí reunida. Hay mausoleo en el que se llama al muerto padre de los pobres, y se ha gastado en sus cons-

trucción dos millones de liras. El dedicado á la memoria de Raggio, le copia en el momento de expirar en la cama, rodeado de su mujer, tres hijas, dos hijos y una nuera, todos de tamaño natural.

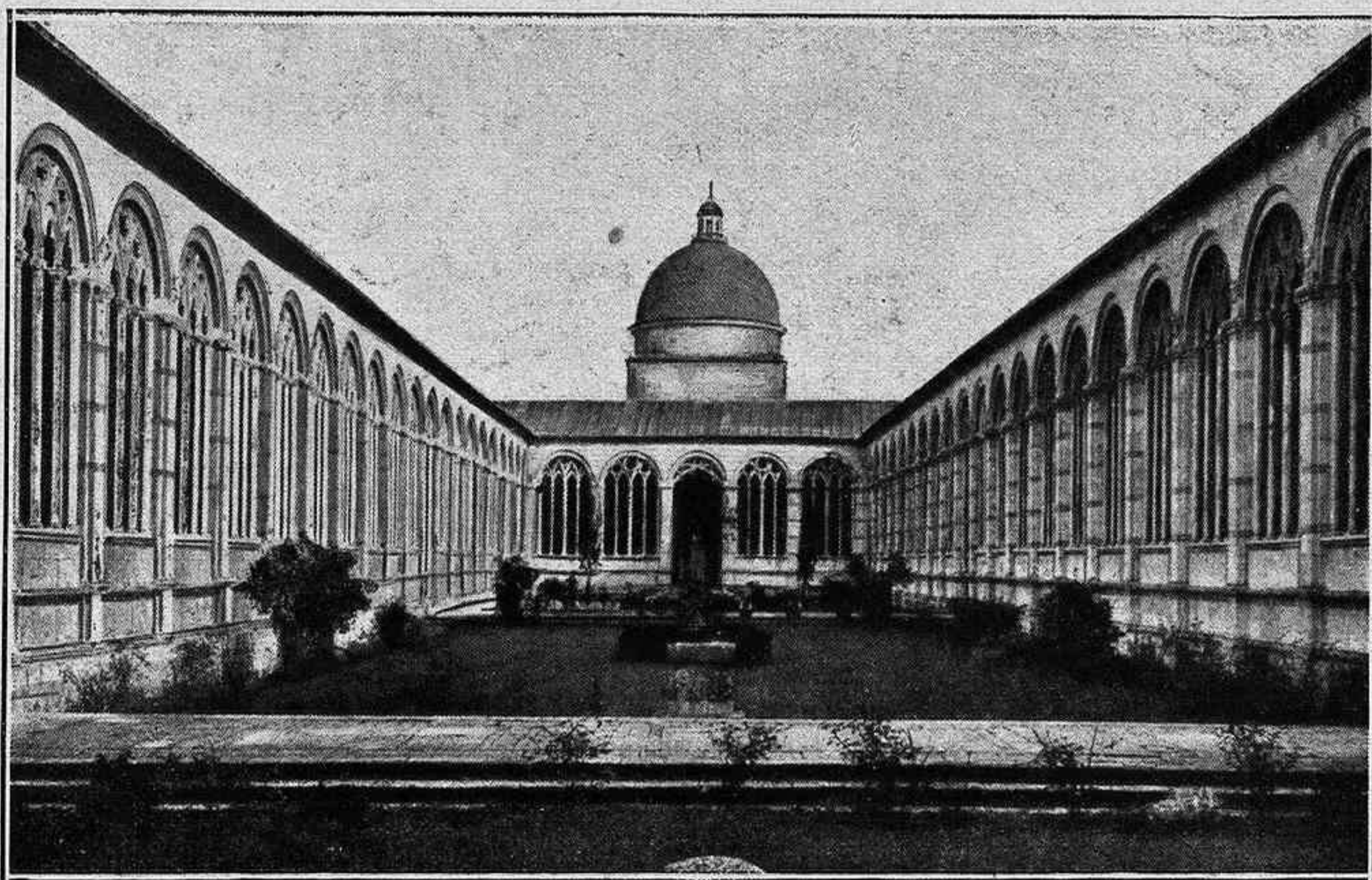
El ideal del ciudadano genovés consiste en poder labrar una bella estatua suya sobre sarcófago de Carrara, adornado de grandes lámparas y candelabros de bronce, para después de su muerte, aunque su vida sea un perpetuo sufrir por la necesidad y el trabajo; el panteón de la señora Campodónico es una prueba: dicha señora fué una vendedora ambulante de pan y rosarios, cuyo único empeño fué el de ahorrar todos los días unas monedas para labrar su mausoleo,

sierviendo de modelo para la ejecución de su estatua y logrando ver realizado su deseo pocos años antes de morir.

Tanto fausto y pompa; la plaga de «cicerones» y baratilleros que nos rodean y asedian apenas

llegamos al atrio del cementerio, los unos mostrando sobre la solapa el distintivo que acredita la «oficialidad» de sus servicios, los otros ofreciendo por un «soldo» postales copiando todos los monumentos cinerarios, álbums recuerdo, alfileres de pecho y agujones para los sombreros de señora, con mosaicos de colores imitando flores, frutas y hasta la vista del cementerio; largas filas de coches en espera de los visitantes, y el continuo movimiento de gente que entra y sale, da á este lugar del silencio la apariencia de un inmenso pabellón de escultura en una espléndida exposición de Arte.

Este cementerio, que asemeja el vértigo de la estatuaria con sus accesorios de columnatas, frisos, guirnaldas, etc., etc., vive y vive la vida del relumbrón y la riqueza; el de Pisa duerme el sueño inmortal de aquel arte joven y fuerte que la pátina de los años ha cubierto de meritisimo manto dorado.



Una vista del cementerio de Pisa

epitafios, calificándoles de grandes filántropos, padres de los pobres, ejemplares en su laboriosidad y honradez, etc.; trabajo suntuario en donde se ha derrochado el dinero, no con el gusto exquisito del artista de talento que sabe sen-



«El Juicio final», pintura existente en el cementerio de Pisa

(1) Taine, *La pintura en Italia*.



# LA FÁBULA



**D**RAGÓN, Ave-Fénix, Centauro, Sirenas, Pegaso y tantos otros como cruzáis por la leyenda, ¿quién nos convencerá de vuestra irrealidad? Vivís en nuestra vida, y sabemos más de vosotros que de muchos empadronados y analizados por los sabios; cien veces nos servisteis de símil, de apoyo para ideas y quimeras, de extremo á esas comparaciones, que no son sino tanteos en torno al casi imposible conocer...

No sois mentidas formas vacías de vida y de atributos. Los ladridos del perro, los relinchos del caballo, el maullar del gato apenas no son más familiares que vuestra manera muda de inducirnos. Sois los animales domésticos de nuestra fantasía, y os conocemos, os tememos, os

imitamos, os invocamos. Y para veros, cual sucede con todas las verdades profundas, hemos de cerrar los ojos y mirar hacia dentro con todo el espíritu...

Flamígero Dragón que guardaste tantas princesas y tantos tesoros: tú estás á la puerta de todo gran propósito; prodigiosa Ave-Fénix, tan pronto incinerada como renaciente: tú debes alejarte en cada uno de nuestros desmayos; Centauro robusto y reflexivo: tú debes sugerir el equilibrio entre nuestros músculos y nuestros nervios; Sirena casta de agua y sensual de música: tu canto es el imán que nos atrae hacia la aventura; Pegaso indómito que tantos jinetes derribas: ¿quién no ha soñado cabalgar sobre tí, ebrio de distancia, hasta el infinito?

¡Oh, sí; os conocemos, os queremos, y, á veces, os tememos! A la hora del soñar y del anhelar, los animales que nos impuso la naturaleza casi nos estorban; pero vosotros, que sois nuestras criaturas y tenéis un alma hecha mito, nos decís á cada incertidumbre:

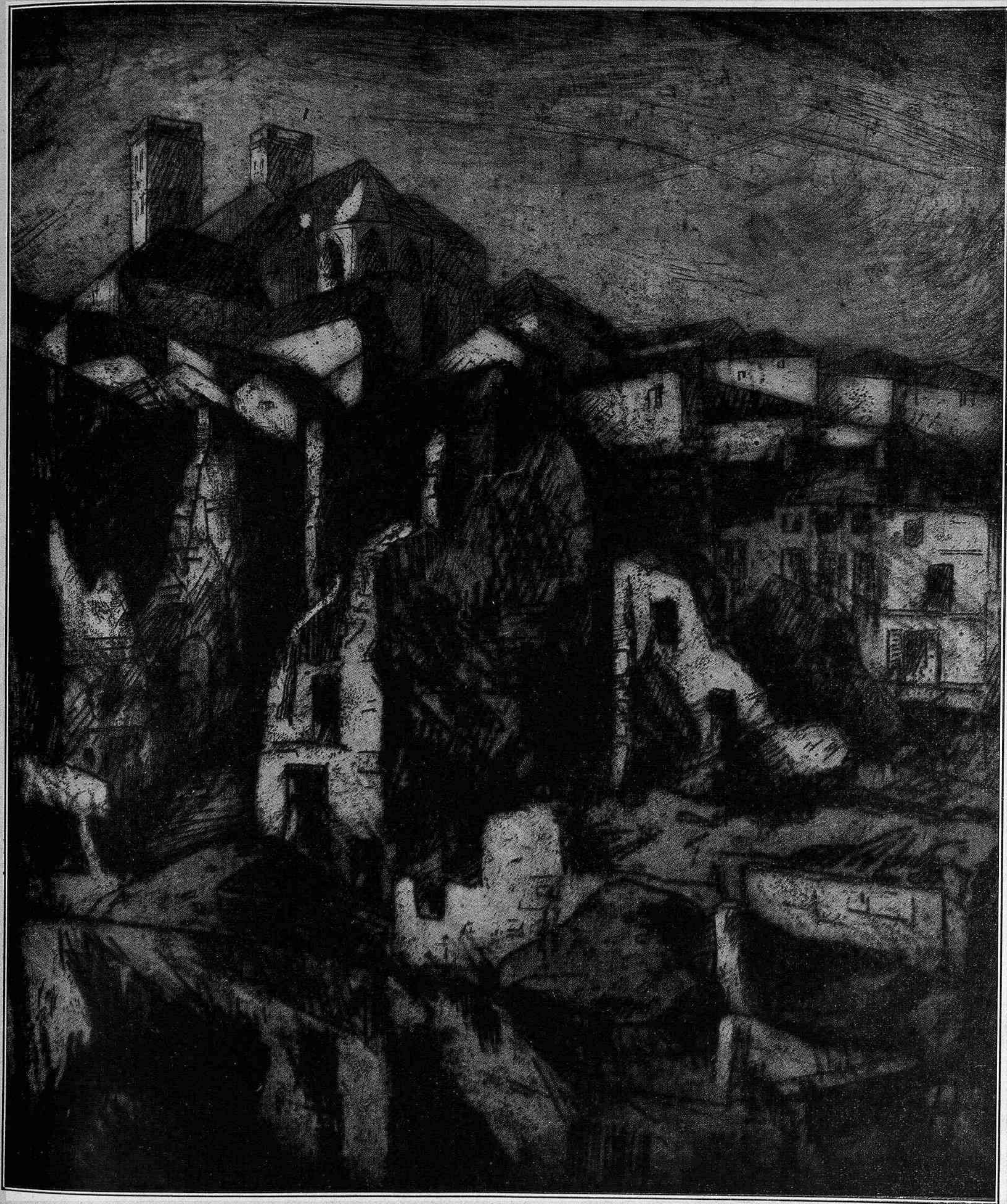
«¡Toma mi fuego y mi vista, nunca dormida; toma mi virtud de renacer; toma mis miembros ágiles y mi certeza de arquero; toma mi canto, encantador lenitivo de tantos pesares; toma mi ritmo, ¡oh, hombre!, que viene más allá de la vida, traspasa la muerte y logra una existencia sin fin!»

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJO DE VIVANCO



## LAS RUINAS DE VERDÚN



Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII ha rendido el homenaje de su admiración á la heroica ciudad de Verdún, cuyo nombre llena de gloria muchas páginas de la historia militar de Francia. Con Don Alfonso se ha acercado á Verdún la devoción de todo el pueblo español, cuyo espíritu se conmovió hondamente con la abnegada resistencia de la ciudad francesa en aquellos días de la gran tragedia. Y la corona depositada sobre la tumba de los defensores significa el tributo de una nación amiga, unida á Francia por indestructibles lazos históricos.

Nuestro ilustre colaborador Daniel Vázquez Díaz visitó los campos de batalla franceses en los días en que la lucha era más enconada y sangrienta. En su visita se detuvo ante Verdún, combatida entonces con todos los procedimientos de destrucción, queriendo los alemanes abrirse paso, á todo trance, camino de París, para herir á Francia en el corazón. Llovía fuego sobre la ciudad heroica; la metralla incendiaba los edificios; en las calles se formaban montones de ruinas renegridas y humeantes. Verdún sellaba su lealtad y su valor á costa de su vida, puesto el pensamiento en el porvenir. Y en los aires

resonaba clamorosamente aquel grito triunfal, que era al mismo tiempo de desafío y de victoria. ¡No pasarán! ¡No pasarán! Entonces el lápiz original y brioso de Vázquez Díaz copió el aspecto de la ciudad heroica, ametrallada terriblemente, incendiada y herida, envuelta en llamas y en humo, baluarte invencible de la tenacidad francesa y trono de triunfo y de libertad.

Coincidiendo con la visita del Rey de España á la valerosa ciudad, LA ESFERA reproduce una de las páginas dibujadas por Vázquez Díaz, como recuerdo y homenaje al heroísmo de un pueblo.



# EL ARTE Y EL HOGAR



Salón de exposición de la casa de Tadeo Villalba, en Valencia

**E**L Arte, que, como poseído de un sortilegio misterioso, resiste á todas las crisis que la Humanidad sufre, avanza en su ennoblecedora carrera y penetra hasta el interior de nuestra casa, en el rincón más íntimo de nuestro hogar. Este nuevo aspecto del Arte—más justamente dicho Renacimiento—, que po-

digno del retiro de una mujer bella; pero junto á esto se descubre lo fuerte, lo varonil. Junto al arte vigoroso de Grecia, se muestra el arte de las salas de Versailles. Tadeo Villalba, con su cultura, ha sabido armonizar lo que parecía antagónico, irresoluble, siendo muy digna de elogios su labor artística.—V. ALFARO

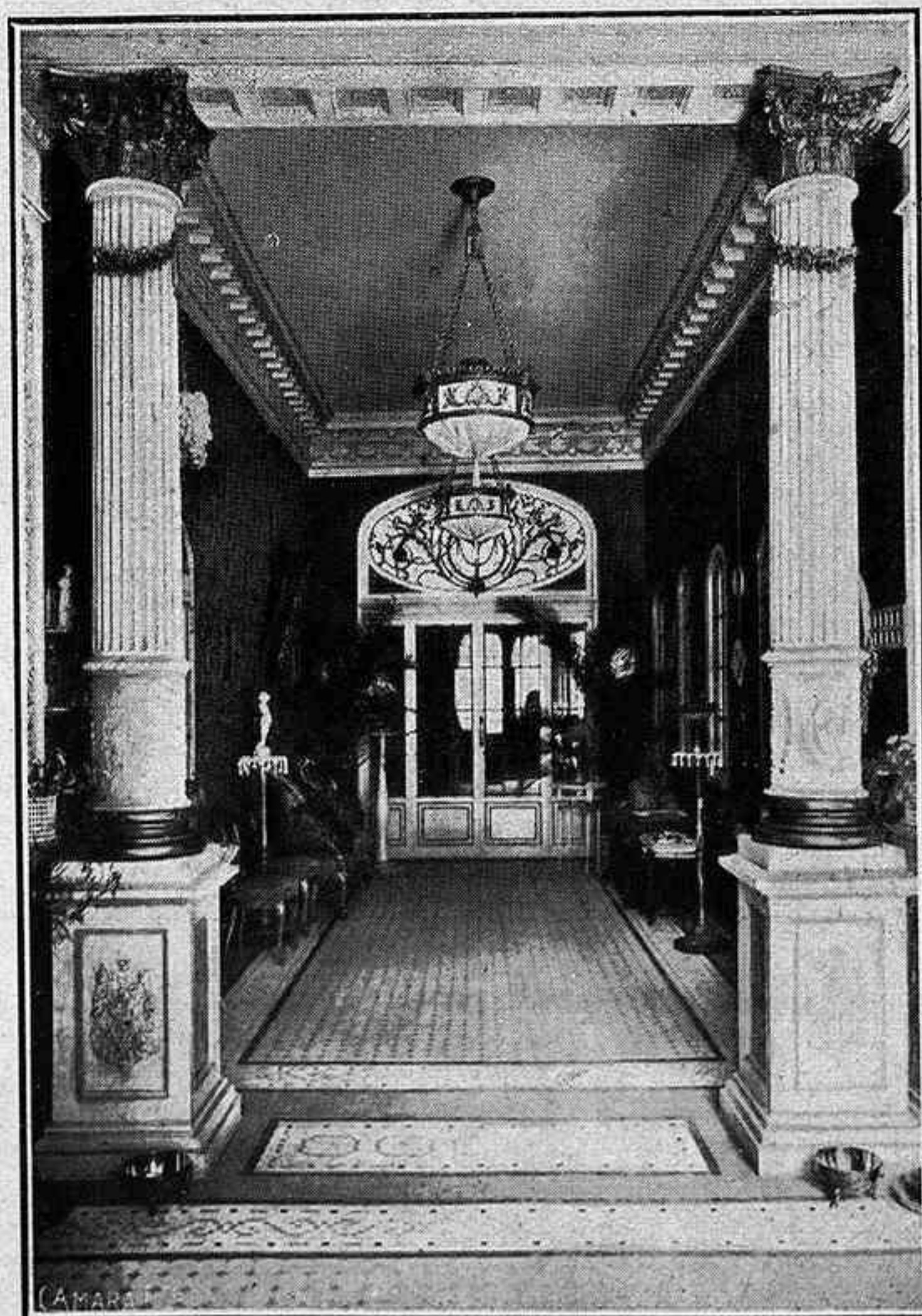


**TADEO VILLALBA**  
Notable artista valenciano

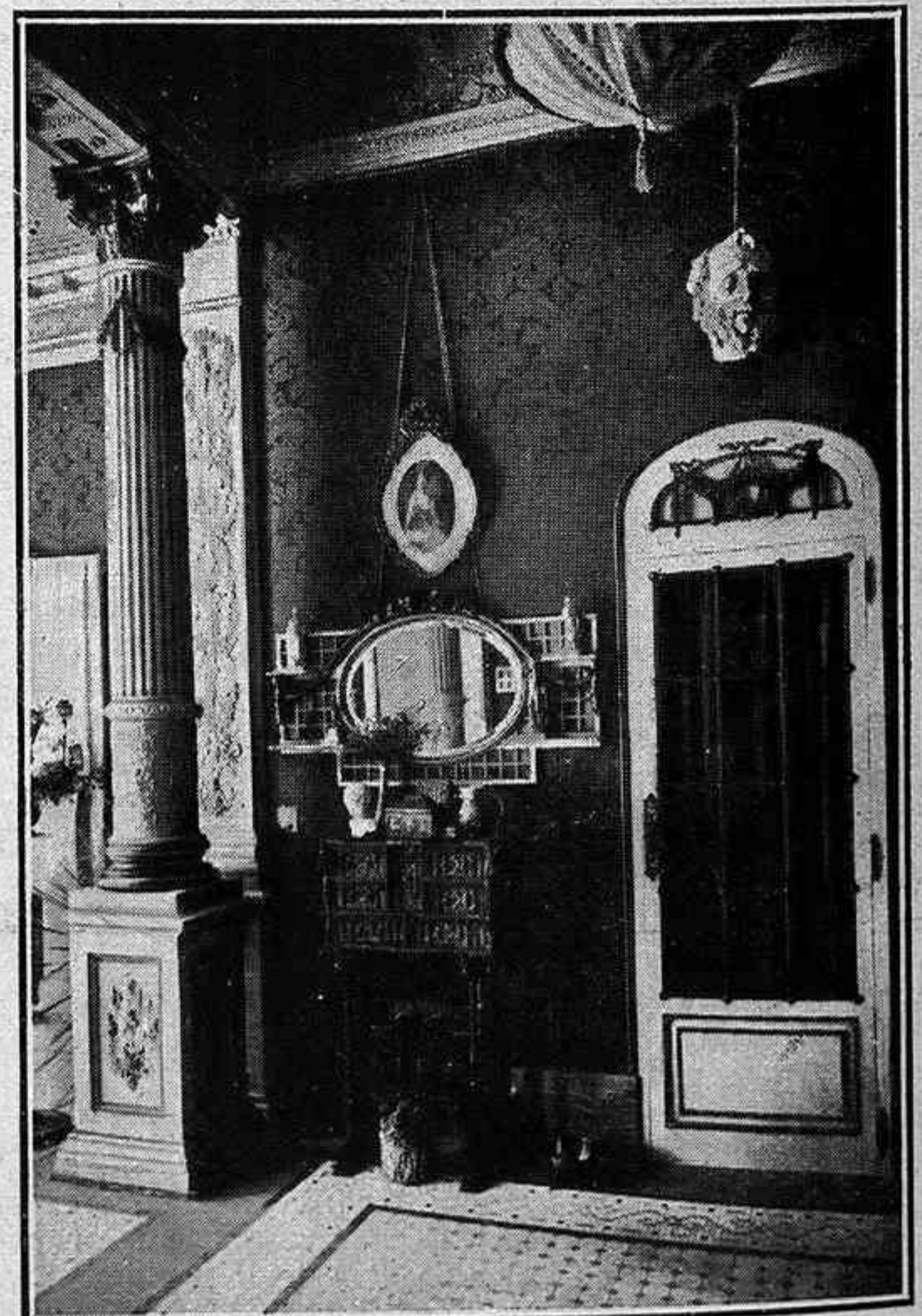
dríamos llamar «arte de interior», se encuentra hoy, gracias al buen gusto de unos artistas, en una época de verdadero triunfo.

En Valencia, Tadeo Villalba, un artista «de intuición», un artista de un buen gusto excepcional, un artista culto, que ha buceado en el pasado extrayendo de él lo que el afán de la novedad había sustituido, ha conseguido, con su gran voluntad, dar un decisivo impulso al arte decorativo.

La casa suya da la sensación de que la mano de un mago transformó los objetos más innobles, dándoles la sutileza y la elegancia fabril del arte del Imperio. Todo parece femenino,



Galería principal



Detalle de la galería



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PILA DE AGUA BENDITA, FORMADA CON CAPITELES ROMÁNICOS, EXISTENTE EN LA IGLESIA DEL REAL MONASTERIO DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS

FOT. LAS HERAS



# EL MÁS DULCE AMOR DE DON JUAN

**D**on Juan no es ya el valiente caballero con hechos de rufián, que la leyenda y el poeta hubieron de legar á las futuras edades.

Don Juan ya no mata. Comprende que ha sacrificado á demasiada gente y que ya no se estima el disputar á cintarazo limpio el favor de una dama. Además, se halla muy espiritualizado. Don Juan, sin ser viejo, ha llegado á una madurez excesiva, y piensa, melancólicamente, que la vida no vale la pena de vivirla si no ponemos sobre su agria condición un poco de poesía. En una palabra: don Juan se ha hecho poeta.

Nunca lo pareció, dicho sea en honor de la verdad, aunque se expresase en muy bellos y sonoros versos; que jamás fué de poetas matar hombres y seducir mujeres, sin más ley que la fanfarria y el capricho; y si bien es verdad que á punto estuvo de ennoblecerse amando á la dulce doña Inés, acabó por estropear su propósito abandonando á su inocente víctima.

Pero hoy don Juan es poeta. Retirado en su casa de Sevilla, devana las horas de sus años cansados entregado á la lectura de libros amenos, á la evocación de sus días pretéritos y á una vaga aspiración hacia cosas ideales, imposibles. La existencia de don Juan es ahora como un bello ocaso: todo melancolía, todo recuerdo. No está arrepentido de sus muchas locuras, pero está fatigado de ellas, y este cansancio se asemeja un poco al arrepentimiento.

La sed de lo ideal le consume. Le enamora lo imposible. Sueña cosas altas, amores puros, conquistas sin sangre. Acostumbrado á vencer siempre en armas y en mujeres, le atrae el imposible con fuerza misteriosa... y quisiera vencerlo también.

Y don Juan se pasa las horas soñando que una mujer le ama ciegamente, no por el oro de su escarcela, tan ducha en comprar; ni por el brío de su espada, señora de todas; ni por la bizzarria y gentileza de su continente, imán de los ojos de Eva, sino por una dulce luz de su alma, que es como venida del cielo, luz de virtud, de bondad, de sublimidad, de cuantos dones es capaz el alma humana.

Siempre con su ideal frente á sus ojos, don Juan sale una noche á pasear por la ciudad. Es Carnaval. Como en aquel buen tiempo en que hubo de entrar en la hostería de Buttarelli para escribir un billete amoroso. Cruzan las calles gentes enmascaradas. Don Juan camina con paso grave, meditativo. Recuerda, acaso, las locas noches de su juventud lejana, otros Carnavales que fueron testigos de sus orgías.

De pronto se detiene. Pasa una mujer... Admirable es su silueta, su contorno..., señoril su continente.

Don Juan se acuerda de que es don Juan y la sigue. La desconocida, advirtiéndolo, esquiva

la persecución. Ha visto brillar en los ojos de don Juan el maleficio del Diablo. Y entre el tropel, enmascarado y multicolor como ropilla de Arlequín, desaparece la bella perseguida. Pero don Juan gana el atrio, penetra en la nave solitaria y silenciosa, débilmente alumbrada... Allí está su dulce presa que, al verle acercarse, se recoge como paloma asustada.

Y cuando don Juan llega, ella levanta el rostro con ademán de reto, como diciéndole: «Os engañáis... Ved quien soy... y respetadme». Y es que, ignorando que es don Juan, el corazón le ha dicho que aquel hombre es el más peligroso de la tierra.

Ante los ojos de la desconocida, don Juan tiembla por primera vez desde que vino al mundo. Es una niña casi, y sus ojos como dos lagos de serenidad, tan puros, tan transparentes, tan cándidos, que recuerdan los del Niño-Dios.

Don Juan habla á la doncella, y no como solía en sus años pasados, fascinador y mentiroso, sino con palabras de suprema veneración, porque el corazón le dice que esta doncella es la fuente dulcísima de aquel amor puro que soñaba.

—No temáis, pobre niña. Estoy fatigado de hacer mal y deseo ser bueno. Vuestros ojos ya me están haciendo bueno desde que los he visto. Y quiero que á su luz descansen mi alma torpe de todas sus desventuras, de todos sus crímenes, de todos sus errores. Vos podéis ser mi perdón y mi consuelo.

La niña pregunta, horrorizada: —¡Ah!... ¿Quién sois, entonces? ¿Acaso don Juan? ¡Sí, el perverso don Juan, el que ha hecho llorar á tantas pobres mujeres, y á mi madre entre ellas!...

¡No, no quiero conoceros, no sois mi padre..., sois el Diablo, sois el Espiritu Malo..., mi infortunio y mi vergüenza! ¡Huid de mí, os aborrezco y os maldigo!

Don Juan tiembla, llena el alma de confusión y de vergüenza. Y asiendo la veste de la doncella, que intenta huir, horrorizada, don Juan se arrodilla ante ella y la implora.

Y, al cabo, la doncella le perdona, pidiendo á Dios que le perdone también. Y, redimido por su amor de padre, don Juan siente un placer desconocido hasta entonces... Siente que en la vida hay algo puro, santo, celeste..., un amor que no hasta ni cansa nunca, fuente dulcísima como la de la maternidad...

Don Juan abre los ojos, y tras un punto de duda en que acaso busca en derredor la sombra de la doncella, prorrumpo en una recia carcajada...

Todo ha sido un sueño. Levántase del sillón en que lo tuvo, requiere la capa y la espada y sale de la estancia con su aire bizzarro. Acaba de llegar á Sevilla.

Encaminase al cementerio y esta noche cenará con Centellas y Avellaneda.

J. ORTIZ DE PINEDO

Dibujo de Varela de Seijas.



=Varela de Seijas=



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

# LA PAPELERA ESPAÑOLA

## ELIXIR ESTOMACAL

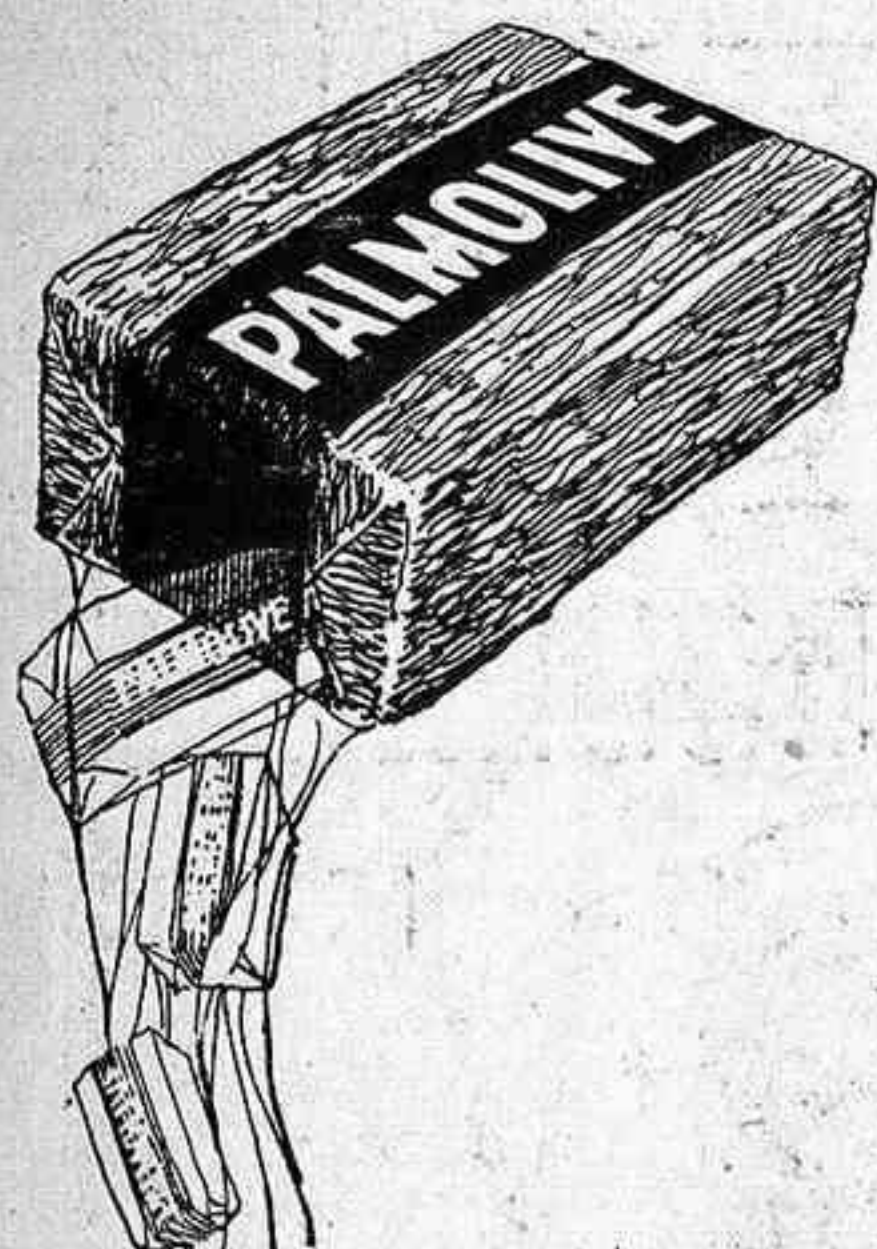
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

### ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



El Lujo Del Antiguo Egipto Preparado Para La Belleza Moderna

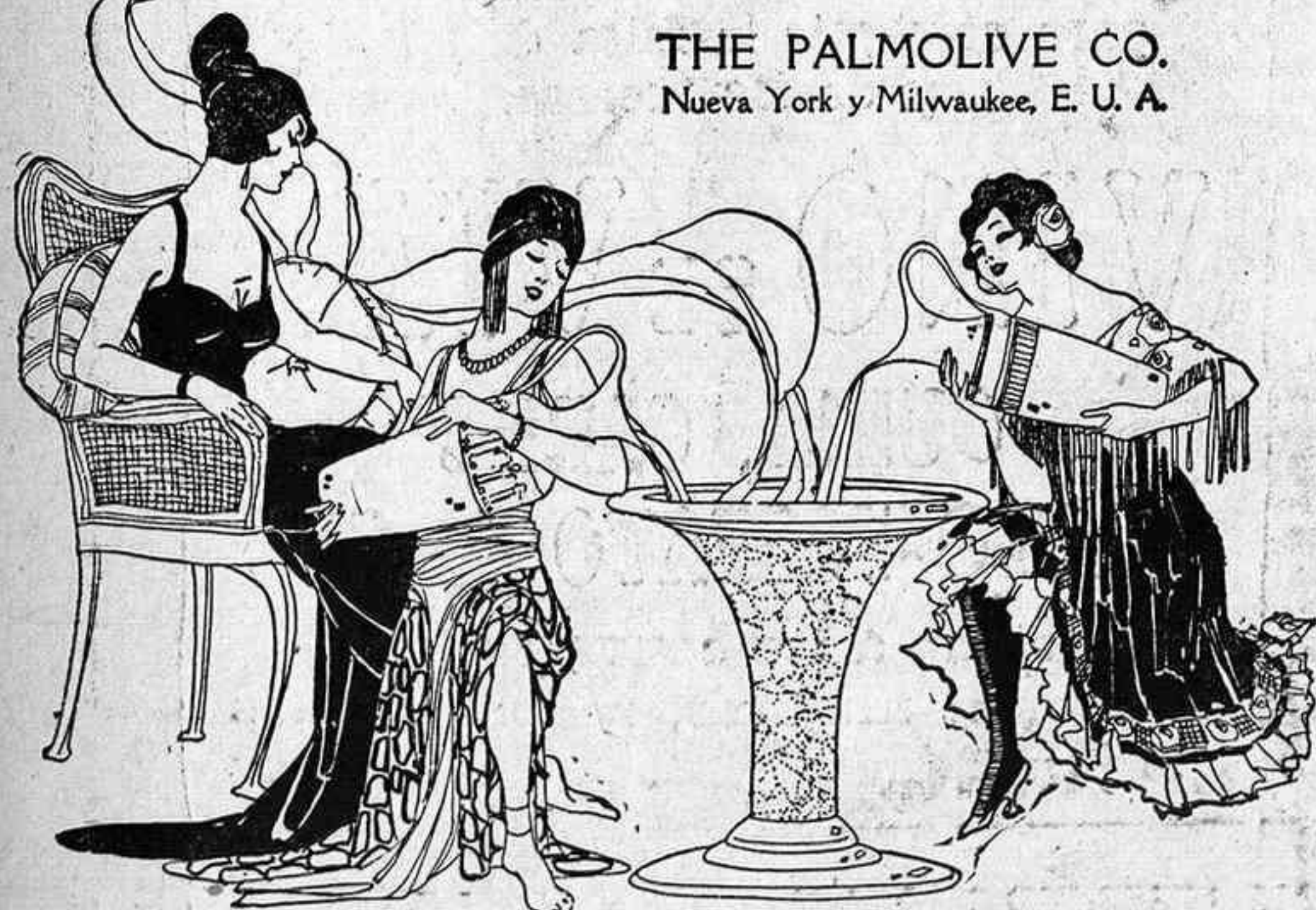
## Jabón Palmolive

es la mezcla científica de los aceites de palma y oliva. Su fragancia delicada y su espuma abundante se adaptan al cutis más fino.

En el jabón Palmolive hallará Ud. los secretos de la belleza de Cleopatra. Una prueba dejará a Ud. convencido

De Venta En Las Principales Droguerías, Farmacias y Perfumerías,

THE PALMOLIVE CO.  
Nueva York y Milwaukee, E. U. A.



Agentes para España: LA NORTEAMERICANA, S. A.  
Ronda Universidad, 37, Barcelona



ANTI-EPILEPTICO DE LIEJA  
suprime las crisis,  
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS  
Folleto Gratuito: Dr. PANYAU, Farmac. ILLÉ, Francia



TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE Pedro Closas ARTICULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 65 al 70 BARCELONA  
Despacho: Unión, 21

## HERMOSURA DEL CUTIS



Entre los muchos colores que se usaban en pintura, hoy el blanco no figura; pues las pintoras mejores usan crema PECA-CURA.

## ¡JUVENTUD PERPETUA!

USANDO LOS PRODUCTOS

### PECA-CURA

JABÓN CREMA POLVOS  
AGUA CUTÁNEA  
AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS  
BARCELONA

## MUEBLES ECONÓMICOS

A PAGAR EN DIEZ MENSUALIDADES Y AL CONTADO  
Comedores, alcobas, gabinetes, camas y colchones de muelles, somniers, perchas, etc.

Alquiler de sillas de madera curvada

### HIJOS DE MANUEL GRASES

Clavel, 10 (esquina á Infantas), teléfono 27-31,  
y Atocha, 30 duplicado, teléfono 28-61

La salud está en peligro. Tomar alimentos sanos; los CHOCOLATES ZORRAQUINO garantizan su pureza



PARÍS Y BERLÍN  
Grand prix et Medailles d'Or

# BELLEZA

No dejarse engañar y exijan  
siempre esta marca y nombre  
BELLEZA (Registrados)

**DEPILATORIO BELLEZA** Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. 5 pesetas.

**Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas**  
Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues devuelve al cabello, sin teñirlo, la substancia que le da vida y color, haya sido rubio, negro ó castaño. Discreto perfume. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, no engrasa. Se usa con las manos, lo mismo que el ron quina. 5 pesetas.

**POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos)** Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, R chel y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja.



**CREMAS marca BELLEZA** (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada). 4 pesetas.

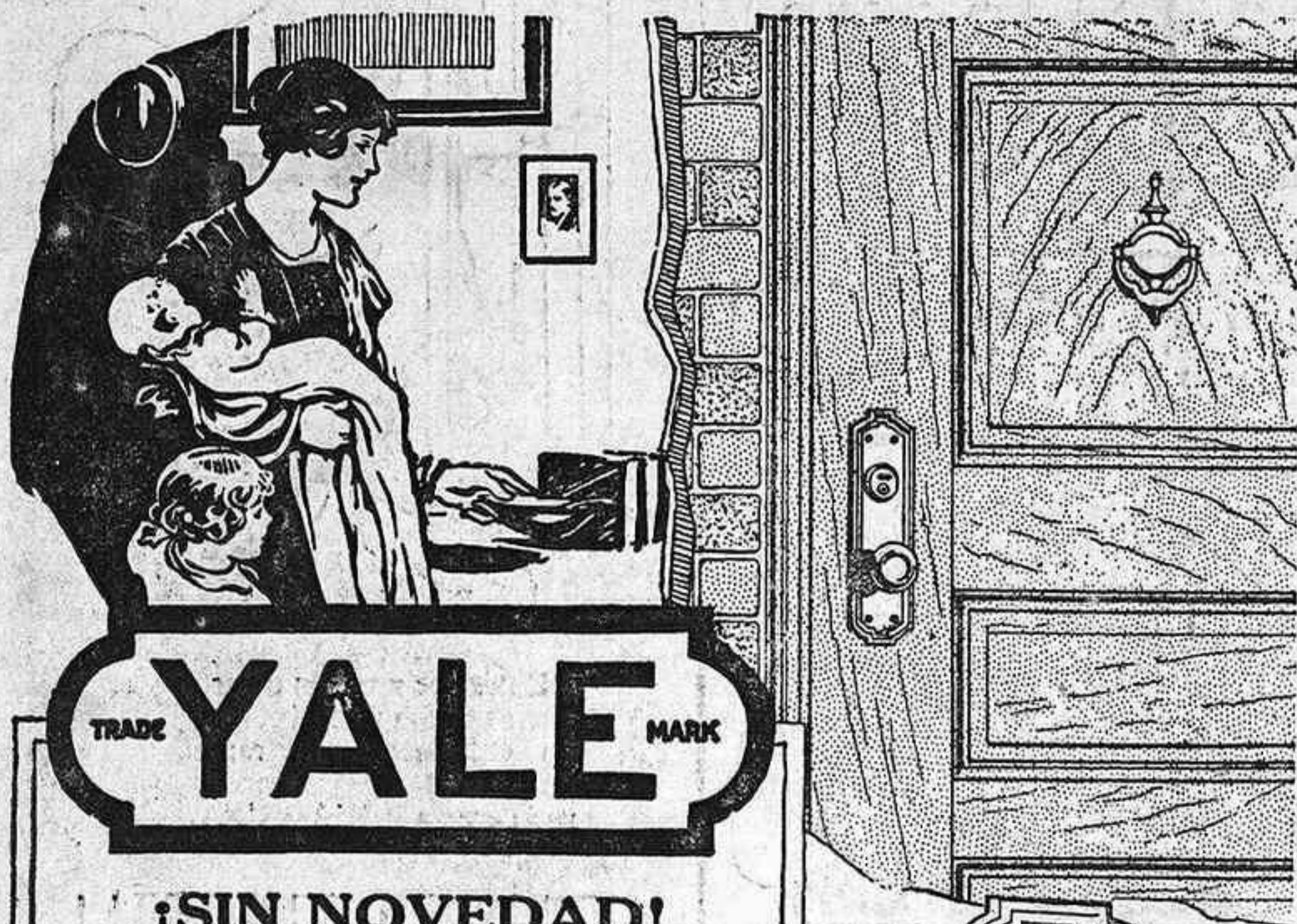
**LOCION BELLEZA** Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume. 5 pesetas.

**TINTURA WINTER** Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica. 6 pesetas.

**PELÍFERO BELLEZA (vegeta)** Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los calvos, por rebelde que sea á la calvicie. Cabeza sana y limpia se caspa. Sorprendentes resultados. Higiénico é inofensivo. 6 pesetas.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.ª, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguerías de Sarrá y Johnson.  
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).—Recibiendo una peseta más, mandamos un frasco.

No. S2331—6 in. d. c.—J. R. K.



TRADE **YALE** MARK

¡SIN NOVEDAD!

EL hogar protegido por las Cerraduras y Herrajes Yale está a salvo de agresiones.

Puede Ud. vivir en su casa con la confianza de completa seguridad y con orgullo de poseerla.

Porque "Yale" significa lo mejor en cerraduras, agarres, pomos, escudos, etc., tanto en servicio como apariencia y seguridad.

Hay un producto Yale que se adapta exactamente para cada uso—el surtido comprende Candados Yale, Picaportes Yale, Cierrapuertas Yale, Herrajes Yale para construcciones, Cerraduras Yale para bancos y Motones Yale de cadena. Todos garantizados por la marca "Yale."

De venta por las principales ferreterías

**THE YALE & TOWNE**  
Mfg. Co.

ESTABLECIDOS EN 1868

Nueva York,  
E. U. A.

**FABRICA DE CORBATAS** 12, CAPELLANES, 12  
Camisas, Guantes, Pañuelos,  
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**Librería de San Martín**  
Puerta del Sol, 6 MADRID

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

Fruta laxante refrescante  
contra el

**ESTREÑIMIENTO**

Almorranas, Bilis,  
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

**TAMAR  
INDIEN  
GRILLON**

Paris, 13 Rue Pavée  
y en todas las farmacias

EL MÁS PODEROSO  
DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable  
durante los calores  
para combatir la falta de apetito  
y de las fuerzas.

**VINO DE VIAL**  
QUINA, CARNE  
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes,  
ancianos, mujeres, niños y todas  
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS